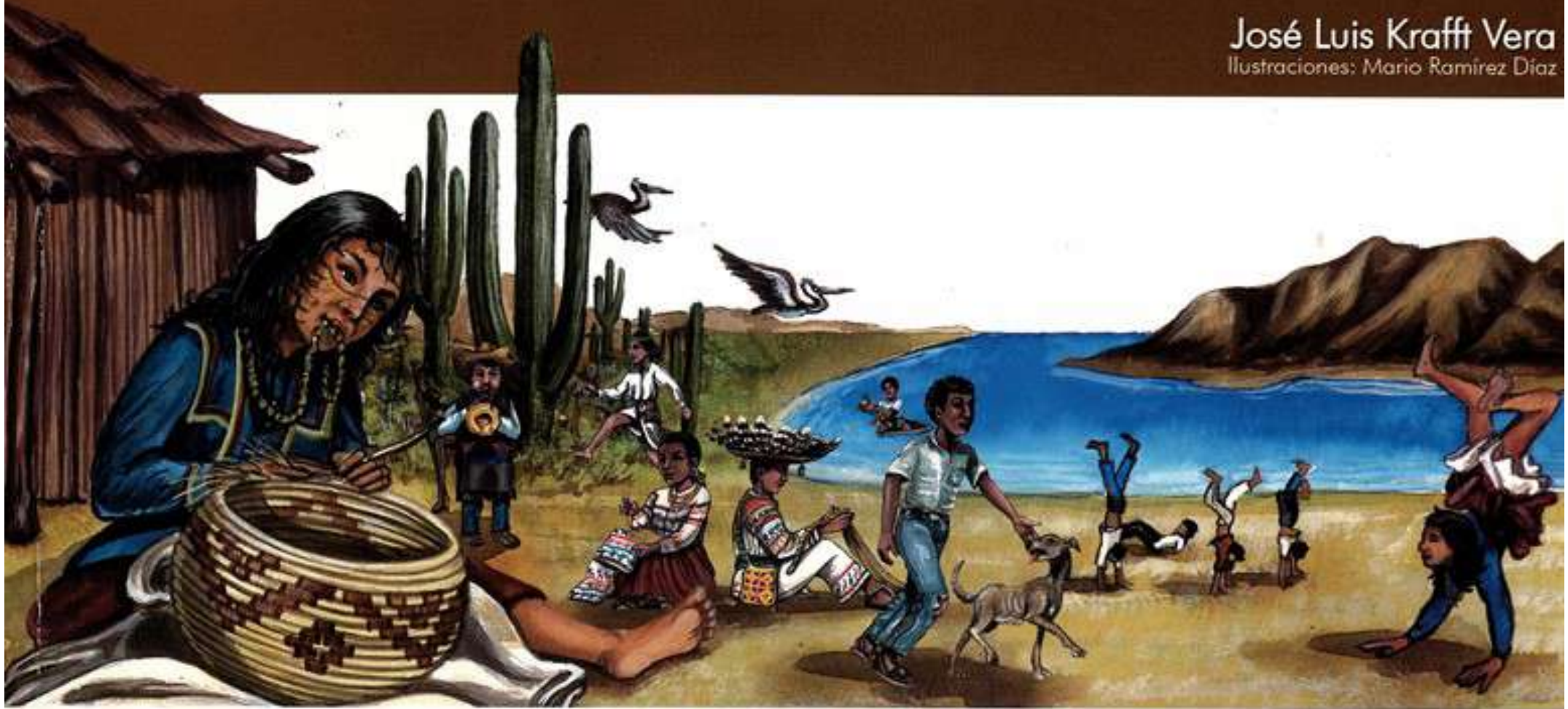


José Luis Krafft Vera
Ilustraciones: Mario Ramírez Díaz



PEQUEÑOS MUNDOS INDIOS

PEQUEÑOS MUNDOS INDIOS

PEQUEÑOS MUNDOS INDIOS

José Luis Krafft Vera

Ilustraciones: Mario Ramírez Díaz

GOBIERNO DEL ESTADO DE SAN LUIS POTOSÍ

CONACULTA

Marcelo de los Santos Fraga
Gobernador Constitucional

Sergio Vela
Presidente

Roberto Vázquez Díaz
Secretario de Cultura

Claudia Walls
Coordinadora Nacional de Desarrollo Cultural Infantil

Fernando Carrillo Jiménez
Director General de Desarrollo Cultural

Ana Brenda Trejo Rubio
Jefa del Departamento de Fondos Especiales
y Programas Estatales

Claudia Manzanilla Briseño
Directora de Programación Cultural

Angélica Vázquez del Mercado
Subdirectora de Planeación

Déborah Chenillo Alazraki
Directora de Publicaciones y Literatura

Roxana Govea Chagoya
Coordinadora del Programa Alas y Raíces
a los Niños Potosinos

Primera edición, 2007

© D.R. José Luis Krafft Vera
© D.R. Ilustraciones: Mario Ramírez Díaz

Por la presente edición:

© D.R. Gobierno del Estado de San Luis Potosí
Secretaría de Cultura
Dirección General de Desarrollo Cultural
Dirección de Programación Cultural
Dirección de Publicaciones y Literatura
[Jardín Guerrero Núm. 6 Zona Centro / C.P. 78000]
www.culturastlp.gob.mx
© D.R. CONACULTA
Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil
Departamento de Fondos Especiales
y Programas Estatales
Subdirección de Planeación

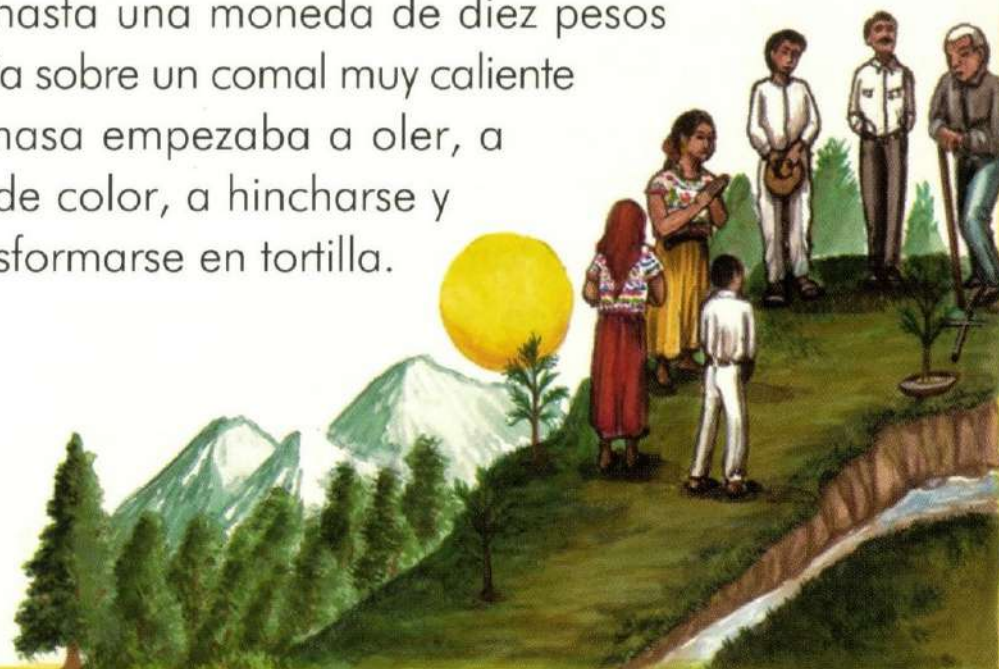
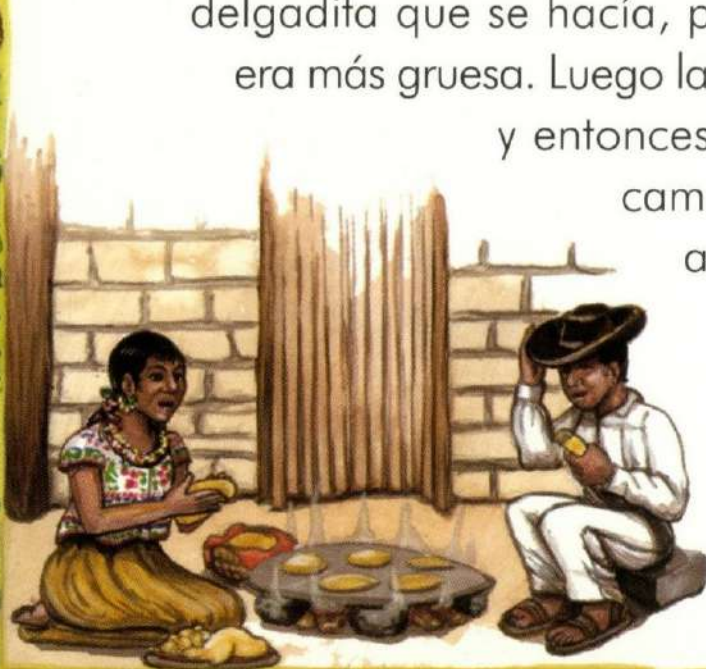
Coordinación de producción editorial: Beatriz Gaytán
Diseño de la edición: Susana Cerda y Erika Cardona
Corrección: María de Lara C.
Impreso y hecho en México

ISBN: 978-968-9262-04-6

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

Sembrando ombligos al amanecer

A las tres de la mañana Cirila comenzó a hacer bolitas blancas. Cogía un poquito de masa –lo que sus cinco dedos calcularan– y lo moldeaba como bolita. Para hacerlo, sobaba el pedacito de masa en círculos con sus dos manos; al momento le pegaba tres manazos y la bolita se aplanaba; entonces hacía como que aplaudía y la masa se adelgazaba. Delgadita, delgadita que se hacía, pues hasta una moneda de diez pesos era más gruesa. Luego la ponía sobre un comal muy caliente y entonces la masa empezaba a oler, a cambiar de color, a hincharse y a transformarse en tortilla.



A las cuatro de la mañana cien bolitas se habían convertido en tortillas. A las cinco, doscientas. La casa de Cirila se llenó con los ruidos de sus aplausos durante las dos primeras horas de esa mañana. La hubieras oído.

A las cinco y cuarto se acercó a ella Custodio, su hermano mayor. Custodio tenía puesto sobre la cabeza el regalo de su padrino —era el obsequio más importante que hubiera recibido en los últimos cinco años, estaba hecho con piel de panza de burro. Cuando entró a la cocina, Custodio se lo quitó de la cabeza: era un sombrero negro. Lo que lo hacía especial es que, al usarlo, Custodio se convertía en un *Qui'yu kune'*. Todo aquel que llevara un sombrero igual, si era niño, no es que se convirtiera en adulto sino en un «hombre tierno», un *Qui'yu kune'*. Custodio tenía quince años de vida y dos de *Qui'yu kune'*.

Pero Cirila también tenía otro hermano, uno que había nacido pocos días antes, trece, exactamente. Por eso Cirila había trabajado tanto esa mañana, aplaude que aplaude, pues era un día muy especial.

Custodio le dijo: —¡Dice mi papá que ya vamos a sembrar el ombligo, que te vengas!

No se lo dijo en español, Custodio habló en el idioma de su pueblo, un lugar serrano en la punta de las montañas de Oaxaca: Santiago Yaitepec. Pocos, muy pocos caminos llegan ahí, al pueblo de Cirila y Custodio. Indígenas Chatinos que hablan chatino. Ése era el idioma que usó y el único que sabía hablar.

Cirila se limpió las manos y Custodio se puso de nuevo su sombrero hecho de piel de panza. Salieron; afuera se reunieron con sus tíos y tías, abuelos y padrinos, con su papá y su mamá, que llevaba al hermanito de trece días, bien tapadito. Todos juntos empezaron a caminar de prisa.

A los quince minutos llegaron a la parte más alta de la montaña, donde hay un manantial de agua fresca rodeado de plantas de todas las tonalidades de color verde que te puedas imaginar. El papá de Cirila cavó un hoyo junto al agua y el papá de su papá, otro. A punto estaba de salir el sol.

Después, su papá colocó en el hoyo un plato de calabaza y sobre éste, una tripita: era el ombligo del hermanito recién nacido. En seguida el abuelo metió en el hoyo que había hecho un arbolito bebé. Y los dos

señores taparon rápido los agujeros con tierra. Cuando estaban terminando de cubrirlos, de manera instantánea, un rayo cruzó el cielo; todos lo vieron: era *Cuicha*, el sol, que mostraba la parte de arriba de su cara. En ese momento el papá comenzó a rezar en voz alta para pedir a *Cuicha* mucha salud y mucha fuerza para su nuevo hijo. Si el arbolito plantado por el abuelo crece sano y fuerte, entonces también el hermanito de Cirila lo hará, porque su ombligo será el alimento del árbol y éste se convertirá en su mejor amigo protector. Los dos crecerán al mismo tiempo.

Una vez que su papá puso una cruz de madera sobre el ombligo que había enterrado, Cirila y Custodio prendieron velas y rezaron. Todos los demás los imitaron. Rezaban tan fuerte que, te aseguro, el sol los oyó.

Al acabar su ceremonia, el grupo se regresó a desayunar caldo de frijoles enchilados. Las cucharas eran de tortilla, y todos felicitaron por ello a Cirila, que se fue a dormir después. Hubieras visto cómo roncaba quedito.

Manuel, el chicle y su billete

Cuando Manuel Xix terminó de comer un trozo de *pib*,
su padre ya lo esperaba en el interior de la casa,
reposando en una hamaca blanca y roja que se
mecía por el impulso de su pie.

El niño Manuel todavía lamía
sus labios para recolectar
los últimos sabores
de aquel pedazo,
semejante a





un tamal, al mismo tiempo que dirigía sus pasos hacia la casa. Atrás, en el patio y sobre la mesa se quedaba todavía una buena porción de *pib* —el cual se hacía con masa de maíz y se rellenaba con verduras y frijoles; era todo redondo, como rueda de bicicleta, y se cubría con las suaves hojas del platanero. El *pib* era el mejor platillo que preparaba la madre de Manuel; era algo así como su especialidad. Siempre lo envolvía muy bien con las hojas y luego lo amarraba muy seguro, porque este gran tamal circular se cuece en un hoyo de la tierra, entre la misma leña que lo calienta.

El pueblo de Manuel se llama Xcupil y está en Campeche. Al terminar la época de lluvias en esa región, esta comunidad se vuelve muy calurosa el resto del año, por eso la casa de Manuel, de madera y palos, tiene dos puertas, una frente a la otra. Así circula un aire que refresca y envuelve todo el cuerpo. Pero al atravesar la puerta, Manuel no sintió el aire ni el vientecito juguetón. Era época de lluvias y ésta era la razón por la que su padre lo esperaba, meciéndose, como si se creyera una ola de mar.

Dos días atrás, el niño Manuel había descubierto un árbol sano de chicozapote, y se lo dijo a su padre. Esto significaba trabajo, pero también



un poco de dinero extra para su familia, que era de muchos hermanos. Por eso su padre se había alegrado y le había dado un viejo billete de veinte pesos muy arrugado que Manuel guardó en el bolsillo del pantalón.

Al entrar Manuel a su casa, su padre se levantó y cogió una bolsa grande de lona, una soga larga y el machete ya afilado de un rincón de la casa. Lo que Manuel y su padre se disponían a hacer era una actividad que ya hacía mucho tiempo que no se repetía: iban a sacarle la resina al árbol para fabricar la base del chicle de mascar. Y esto, los mayas de Campeche lo hacen sólo en época de lluvias, cuando hay poco trabajo en la milpa.

Tomaron por una vereda; Manuel adelante, guiando a su padre. Platicaron mucho en maya, que es una lengua con sonidos que parece que se cortan con tijeras imaginarias para luego unirse con pegamento y así formar las frases. El padre había comenzado la conversación: «¿Ma' ta hantahi' wáa le pibe'?», o sea, «¿No comiste de aquel pib?». Manuel le dijo todo lo que le había gustado. Así siguieron platicando y caminando mucho hasta encontrar el árbol largo del chicozapote. A punto de llegar,

a Manuel se le salió del bolsillo su viejo billete. Su padre fue quien lo notó y se lo dijo. Manuel lo recogió y, casi sin pensarlo, se lo llevó a la nariz. El billete olía a algo pero no se podía definir el olor. Extrañado, lo guardó otra vez.

Su padre comenzó a hacer incisiones con su machete en el árbol, desde la base y hacia arriba, para formar un canal. La resina blanca inmediatamente brotó y empezó a escurrir. Al pie del árbol, Manuel sostenía la bolsa de lona y recibía la savia del tronco. Su padre se amarró la soga por la espalda y, sujetándose al árbol, empezó a trepar, siempre hundiendo el machete en el chicozapote. Así continuaron hasta que en el cielo las nubes cambiaron del color blanco al amarillo encendido. En la selva se oía cómo penetraba el machete en la madera y también la respiración fuerte del papá de Manuel. En sus brazos, de piel muy oscura, se dibujaban gruesas y largas venas, como esas raíces que se adivinan bajo la tierra al levantarla. Cuando habían recolectado varios litros de resina dieron por terminada la labor, pues ya las nubes eran rojizas, como algodones de dulce, y la luz del día comenzaba a apagarse.

Aún faltaba poner a cocer, al llegar a la casa, la resina en un gran caldero de cobre, y moverla y moverla sobre el fuego hasta que su consistencia fuera más espesa. Luego había que vaciarla a unos moldes de madera donde se enfriaría; ahí mismo se almacenaba y después se vendía a los compradores ambulantes, quienes la llevan a las fábricas donde endulzan y envuelven el chicle. Así es como queda listo para mascararlo y disfrutar su sabor.

En el camino de regreso a su casa, el dinero de Manuel otra vez se salió de su bolsillo, pero en esta ocasión su padre lo levantó, lo desarrugó y se lo dio. Le dijo que lo cuidara mejor. Manuel lo recibió y lo volvió a oler; se dio cuenta de que el olor era más fuerte. Se percibía que era como de cuerpo humano. Esta vez Manuel lo supo: su billete y el dinero de su papá olían fuerte porque se habían impregnado del esfuerzo y del trabajo. En una palabra, su billete olía a sudor. Ahora sí Manuel lo guardó muy bien.

«El niño viejito» y la montaña que creció

En la región purépecha donde vive Eustaquio, algo insólito sucedió años antes de que él naciera. Fue un hecho tan sorprendente, que el pueblo de *San Pedro Tzacan* creyó ver en ese fenómeno la mano de Dios, como si hubiera aparecido, no para crear un milagro sino para castigar a los hombres. Hasta un pariente de Eustaquio compuso una canción indígena, una *pirekua*, que lamenta el suceso. Él, la canta con mucho sentimiento, y dice así:



*¡Dios mío,
o será castigo
o será desgracia
lo que nos pasó!*

Este pariente no exagera al cantarla de ese modo porque en verdad ningún pueblo de la tierra ha visto algo semejante: la aparición de una montaña que fue creciendo y creciendo para, al poco tiempo, escupir por su copete humo, ceniza, y fuego líquido en chorros gigantes.

La montaña que apareció era nada menos que un volcán. En febrero de 1943 hizo erupción, derramando su ardiente lava sobre gran parte de los campos de los indios purépechas.

Cuando la erupción se detuvo y los ríos de lava se interrumpieron y se secaron, la región cercana a *Tzacan* estaba devastada. Donde antes el sol iluminaba campos verdes de maíz, ahora sólo las piedras negras brillaban; y donde antes una luna redonda alumbraba pueblos que dormían tranquilos, sólo quedaba un desierto de rocas, ceniza y polvo.

Por lo ocurrido, la gente empezó a abandonar la región, pues la tierra se estropeó y no podía cultivarse más. Las comunidades comenzaron a

quedarse deshabitadas para convertirse en pueblos fantasmas. Los indios dejaban sus casas, sus campos, sus cantos y sus máscaras de madera, tan famosas. La destrucción los dispersaba...

Pero era demasiado lo que dejaban. Tanto que, al no encontrar un lugar dónde vivir como al que ellos estaban acostumbrados, después de errar por muchas partes, los indios decidieron regresar. La nostalgia de su vieja tierra era más poderosa que el peligro del volcán.

Así que muchos volvieron para intentar buscarle provecho a la ceniza y a la arena que cubrían los campos. Alguien descubrió que un árbol que da frutos como de mantequilla verde, se adaptaba bien a las nuevas condiciones del lugar: el aguacate. Los purépechas convinieron en crear huertos para sembrar estos árboles. Mientras se daban los primeros frutos, el viento fue barriendo los campos y la arena volcánica se fue yendo poco a poco. Cuando se obtuvo la primera cosecha de aguacates, también se pudo cultivar el maíz otra vez. Los purépechas de *Tzacan* se alegraron como hacía años no lo hacían. En esa época había nacido Eustaquio.

Claro que el tiempo ha pasado y él ahora tiene trece años. Se ha convertido en un excelente artesano: sabe hacer máscaras de madera

para las danzas tradicionales. Él mismo se pone una de las máscaras arrugadas de largo pelo blanco, coge un sombrero y un sarape, se encorva sobre un bastón y empieza a zapatear muy despacio, como si estuviera muy cansado. Su pariente toca el violín y Eustaquio –junto con otros danzantes–, baila todos los años La Danza de los Viejitos, que es toda una tradición entre los purépechas de Michoacán. Al oír el violín, Eustaquio «se vuelve viejito», trata de imitar el lento andar de su abuelo, y entonces parece tener como ochenta años.

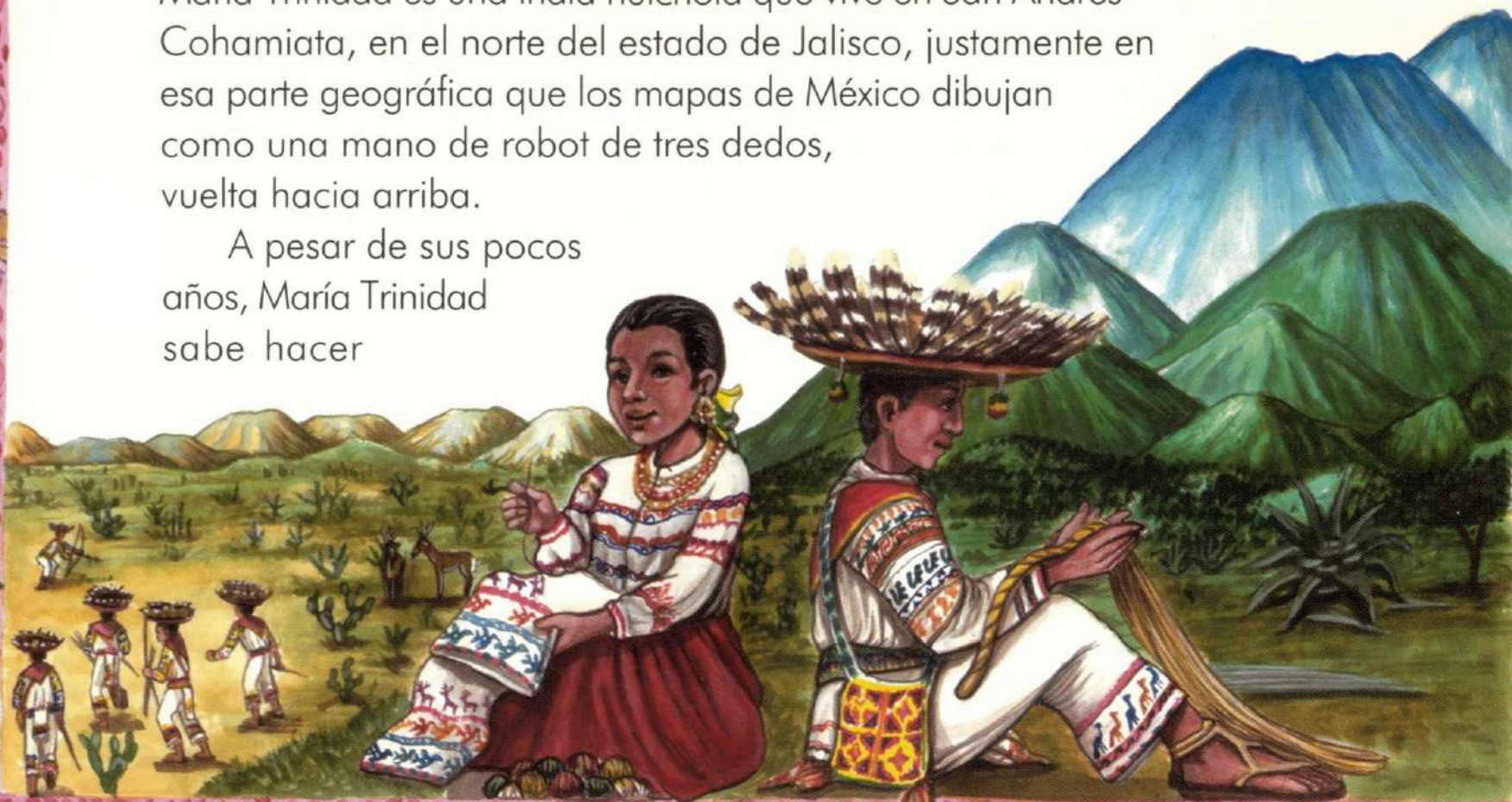
Cuando Eustaquio no está recogiendo aguacates, tallando madera o «haciéndose viejito», se va con su pariente que toca la guitarra a cantar pirekuas en lengua purépecha. Se van a las afueras del pueblo, desde donde, a la distancia, se alcanza a divisar la torre de una iglesia que sobresale entre las crestas de lava endurecida, como un recuerdo de todas las casas que quedaron sepultadas bajo el fuego líquido del volcán Parícutín.

Un día, mientras aprendía una pirekua llamada *luauaka Tsítsíki*, Eustaquio se dio cuenta de algo: descubrió que al ver la torre desde lejos, ésta parece un enorme dedo que, surgiendo de la lava, señala al cielo para siempre.

Dos hermanos huicholes

María Trinidad es una india huichola que vive en San Andrés Cohamiata, en el norte del estado de Jalisco, justamente en esa parte geográfica que los mapas de México dibujan como una mano de robot de tres dedos, vuelta hacia arriba.

A pesar de sus pocos años, María Trinidad sabe hacer



ya casi todo lo que las mujeres huicholas adultas hacen en su vida. Tiene 12 años, pero para ella no son pocos, pues muchas cosas ha aprendido durante ese tiempo. Por ejemplo, la segunda vez que yo la ví, mientras esperaba a Tutukila –su hermano mayor–, ella estaba bordando con largos hilos de llamativos colores una figura sobre un pantalón de manta blanca.

Al acercarme, noté que el dibujo tenía cuatro patas y dos ramas de cuernos, junto a otros dibujos de flores, y que quedaría a la altura del tobillo. Ella levantó la vista y descubrió la curiosidad en mis ojos. El gesto de mis cejas juntas le habrá parecido muy tonto, porque María Trinidad tuvo que aclarar al verme: «Si es un venado "jícure", ¿por qué lo miras tan extrañado?»

Sus sospechas sobre mi falta de entendimiento se confirmaron, pues yo apenas le contesté con otra pregunta: «¿Qué es un venado jícure?» y ella entonces me contó lo siguiente: «Todos los años los hombres huicholes hacen una peregrinación a un desierto muy, muy lejano que pasa por San Luis Potosí; allá hacen ceremonias religiosas. Pero antes es necesario

encontrar una planta muy importante que sólo crece en esa región. En esa planta vive el espíritu de los venados. Sólo si uno hace como si fuera a cazar venados, la planta aparece. El primer huichol que la ve, grita: ¡Jícuri!, y le lanza una flecha. Así, la planta estará de acuerdo en que la corten. Para los huicholes hubo un tiempo en que los animales y las plantas compartían su esencia. Con esta tradición de ir al desierto recordamos ese tiempo lejano. ¿Entiendes ahora?». Me puse muy contento de poder decir que sí y demostrar que, a pesar de mis cejas, yo no era tan tonto.

María Trinidad siguió bordando, en punto de cruz, los pantalones que le daría a su hermano. Era su regalo para Tutukila por haber sido escogido *topil*, o sea, ayudante del juez huichol por un año.

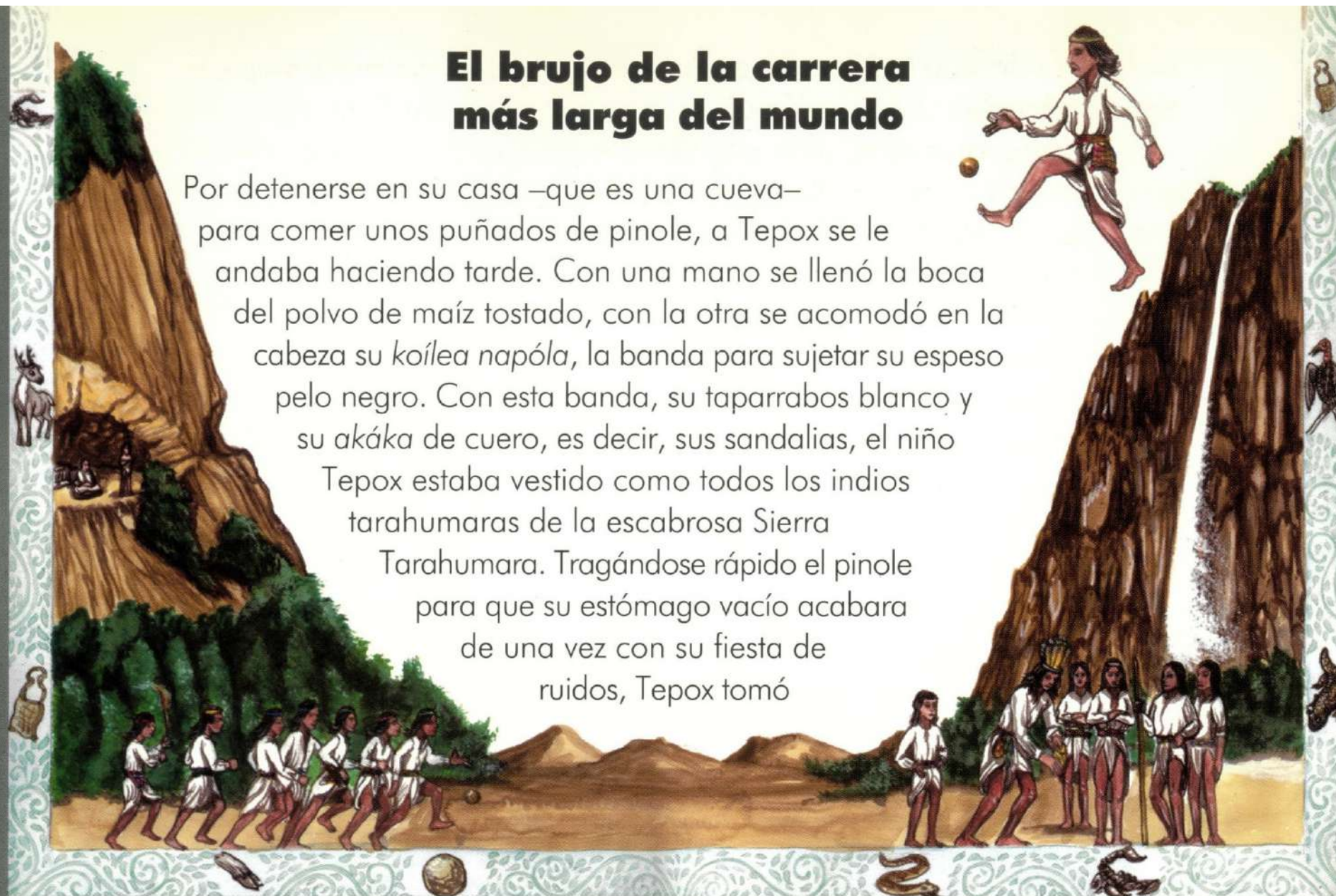
Entonces yo miré hacia afuera, como queriendo buscar el horizonte, pero mis ojos no lo encontraron porque allá no es una línea recta; allá la mirada se pierde en picos de montañas que siguen a otros picos. Empiezan siendo verdes los de las montañas más cercanas y, conforme se alejan, se van haciendo azules. En ese momento me di cuenta por qué para muchos indios de México el verde y el azul no son colores distintos, sino sólo matices de un mismo color.

Cerca del camino que lleva a una profundísima barranca apareció Tutukila. Miraba hacia un maguey, al que luego se acercó. Yo sabía que quería confeccionar una cuerda, y que la haría de ixtle. Por eso no me sorprendió verlo cortar las pencas más largas de la planta. Cuando tuvo las suficientes vino hacia la casa y nos saludamos. En seguida puso una tabla frente a él y apoyó la primera penca; le dobló la punta sobre el borde de la tabla para que no se moviera. Luego sacó su cuchilla de tallar y, dejando ir todo el peso de su cuerpo, comenzó a desprender la pulpa de la larga hoja. Momentos después empezaron a aparecer las fibras internas de la penca. Así hizo con todas las hojas de maguey que trajo. Luego juntó las fibras y las empezó a entrelazar flojamente, para que no se enredaran. En su frente aparecieron perlitas de sudor. Cuando dejó el ixtle crudo sobre una mesa para que se secara, vi el sol reflejado varias veces, en diminuto tamaño, sobre las gotitas de su frente.

Tutukila, muy serio, me dijo: «Un topil sin cuerda propia es como un venado macho sin cuernos». Yo asentí con la cabeza y esta vez mis cejas, afortunadamente, no se acercaron una junto a la otra.

El brujo de la carrera más larga del mundo

Por detenerse en su casa —que es una cueva— para comer unos puñados de pinole, a Tepox se le andaba haciendo tarde. Con una mano se llenó la boca del polvo de maíz tostado, con la otra se acomodó en la cabeza su *koílea napóla*, la banda para sujetar su espeso pelo negro. Con esta banda, su taparrabos blanco y su *akáka* de cuero, es decir, sus sandalias, el niño Tepox estaba vestido como todos los indios tarahumaras de la escabrosa Sierra Tarahumara. Tragándose rápido el pinole para que su estómago vacío acabara de una vez con su fiesta de ruidos, Tepox tomó



un extraño cinturón. Luego salió de su casa, que estaba enclavada en plena sierra pedregosa.

Un sol apenas tibio –pues no faltaba mucho para el invierno– estaba en el centro del cielo. Tepox se apresuraba, y a cada paso que daba se oían ruidos que ya no salían de su estómago, sino del extraño cinturón que llevaba para su hermano.

Cerca de la angosta Cascada Basasiáchic, la más alta de México, estaban reunidos muchísimos tarahumaras de dos pueblos distintos. Conforme Tepox se acercaba iba escuchando la mezcla de voces de todos. Algunos discutían, otros se ponían de acuerdo y los más ancianos daban consejo a un grupo de jóvenes que llevaban el torso desnudo. De entre las voces distinguió una tos grave y necia que conocía muy bien, porque desde que nació la había escuchado todos los días: era la de su padre que, al acabar de toser, continuó discutiendo sobre una apuesta: una cabra por tres cobijas de lana. Siendo el invierno tan crudo en las sierras de Chihuahua (hasta nieve cae), el papá de Tepox quería conseguir más cobijas, pues estaba muy confiado en ganar la apuesta.

Para ello, utilizando sus amplios conocimientos de brujo, había preparado dos hechizos mágicos. Primero consiguió una calavera y, hablándole de los jugadores contrarios a quienes tenía que embrujar, la enterró en el camino por donde ellos pasarían. Después, preparó una mezcla de huesos molidos con sal y la guardó en una bolsita de cuero para dársela a su hijo competidor, el hermano de Tepox. Por tres cobijas, bien valían la pena estos maleficios. Entonces llegó Tepox y se dirigió hacia su hermano, quien tomó el singular cinturón, confeccionado en piel y del que colgaban pezuñas de venado y ruidosas sonajas. Tepox sabía muy bien que un cinturón de este tipo otorga a su portador la ágil velocidad del venado. Cuando su hermano se lo puso, el niño vio a su padre sonreír.

Poco faltaba para el comienzo del *rarajípuami*, la esperada Carrera de Bola, el fantástico deporte de los tarahumaras. Cada equipo de siete jugadores correría detrás de su propia pelota, hecha de madera dura, pateándola siempre hacia adelante, por entre desniveles, laderas, hoyos y a través de todo el terreno natural de la sierra. Correrían y correrían. Luego, en cierto punto tendrían que dar la vuelta y continuar corriendo, pateando la pelota. Después otra vuelta y otra y otra. ¡En total correrían

120 kilómetros!, por lo que la carrera duraría como tres días. El equipo ganador es el que da todas las vueltas y llega primero con su pelota. De aquí que los tarahumaras se llamen a sí mismos, rarámuris: «los de los pies ligeros».

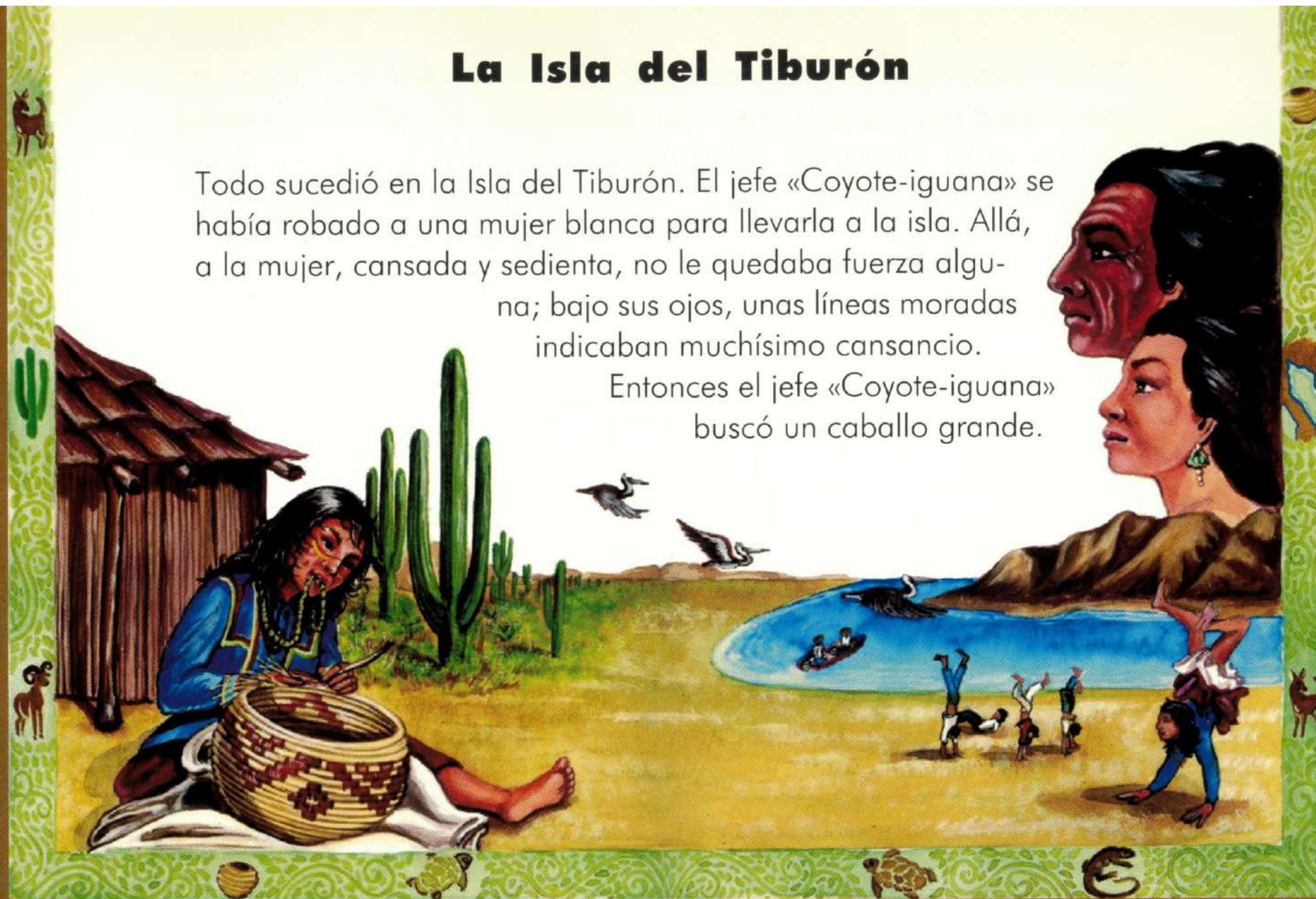
A punto de comenzar la carrera, el papá, tosiendo, se acercó al hermano de Tepox y le dio la bolsita con la sal y el hueso molido. Tepox oyó lo que la voz rasposa de su padre le indicaba al corredor en quedito: «Acércate al más veloz del otro equipo y, cuando patees la bola, le avientas a los pies un poquito de este polvo para que se le tuerzan los dedos un rato».

Pronto se congregaron los jugadores. En toda la sierra, por unos segundos, se escuchó sólo silencio. Al momento, dos pelotas salieron rebotando pesadamente por entre las piedras del terreno. Y así, rompiéndose el silencio, dio comienzo la carrera más larga del mundo.

La Isla del Tiburón

Todo sucedió en la Isla del Tiburón. El jefe «Coyote-iguana» se había robado a una mujer blanca para llevarla a la isla. Allá, a la mujer, cansada y sedienta, no le quedaba fuerza alguna; bajo sus ojos, unas líneas moradas indicaban muchísimo cansancio.

Entonces el jefe «Coyote-iguana» buscó un caballo grande.



Al encontrarlo, lo mató para sacarle la tripa más grande; la cual infló como globo y puso a secar al sol. Ya disecada, el jefe se la llevó y se fue a caminar lejos, mientras la mujer blanca parecía que se iba a morir. Regresó con la tripa llena de agua dulce para la mujer, a quien el calor del desierto ya no mató.

Muchos años después los blancos llegaron a la isla para buscar a la mujer y para atrapar a «Coyote-iguana»; pero estos dos ya tenían muchos hijos, así que la mujer dijo que el jefe serí la había protegido y que no debían hacerle nada. Sin embargo, los blancos fueron los que entonces se llevaron a la mujer, y ella tuvo que regresar a su país. Pero «Coyote-iguana» había sido un gran jefe para los indios seris, con muchos poderes mágicos, y por eso ellos se saben muy bien esta leyenda, como por ejemplo, una niña que se llama Elisa.

Elisa puede caminar con las manos, y en el cielo los pelícanos la ven sin poderlo creer; cuando hace esto su mente recuerda esta leyenda. Andar sobre las manos en la arena de un desierto que llega al mar no es fácil. Elisa sí lo logra; muchos otros niños seris lo intentan, sin poder

mantenerse mucho tiempo así, o al menos dar diez pasos, como ella lo hace. Es que Elisa es muy hábil con sus manos.

En la mañana, mientras su papá y sus hermanos se van al mar a pescar en una lancha de motor, ella chupa su collar de conchas y se pone a hacer cestos de ocotillo, que es una planta con espinas del desierto. Y como cada vez los hace mejor ya casi se parecen a los de su mamá, que son grandes y muy apretados, tanto, que varios litros de agua pueden caber sin salirse ni una sola gota. Esto es muy importante porque en el desierto hay poca agua potable. Y como a veces Elisa bebe del agua que no es buena, se enferma y la panza le duele mucho.

En la tarde, cuando el sol se vuelve color zanahoria, Elisa se va a la playa y camina de manos. Camina y camina hasta que el sol desaparece y en el horizonte ya no se sabe dónde acaba el agua y dónde empieza el cielo, porque se confunden.

Como es una india seri, las manos y casi toda la piel de Elisa son de color rojo, pero no como el color de los rábanos, sino como el de los apaches. Su piel es resistente porque todo lo que hay donde ella vive es

agua salada y arena, o sea, mar y desierto. En el mar viven las tortugas —que se cazan de noche—, y el furioso dios Akat, con forma de tiburón.

Cuando Elisa pone sus pies como cabeza y sus manos como pies ella se acuerda del jefe «Coyote-iguana». Piensa en él porque sólo así puede pararse viendo el mar frente a ella, para concentrarse, aunque le duela el estómago; y entonces ella sabe que cada ola que llega viene de la Isla del Tiburón, donde el jefe estuvo hace mucho tiempo, y donde los seris entierran a sus muertos.

Yo, cada vez que tengo un mapa, busco el estado de Sonora. Juntito encuentro la isla y pienso en Elisa que, a su vez, piensa en la isla.

Rubén (El Búho), El Mosco y El Chícharo

El Mosco, seguido de El Chícharo, se acercó sin hacer ni un ruidito. Sobre una banca de madera, recostado y con los ojos fijos en una rama que se movía lentamente por un soplidito de viento, estaba El Búho.

El Mosco despegó del piso toda la superficie de sus pies y empezó a caminar de puntitas, a tres metros de la banca.



El Chicharo se detuvo para observar mejor. El Búho, sin sospechar nada, seguía viendo las hojitas, casi quietas, sin cerrar alguna vez los párpados.

El Mosco se acercó más y, con una espina de maguey que traía en su mano, tocó con malicia la cabeza del niño acostado. Un segundo después, casi se cae de la banca El Búho al sentir el pinchazo en su cuero cabelludo, pero nada más gritó: «¡Aaaay!». Luego volteó y dijo: «¡Tenía que ser El Mosquito!». Y El Chicharo, a unos metros de ahí, añadió riéndose: «¡Ja, ja! ¡Ganaste Poncho! ¡Ja, ja!».

Poncho había apostado un refresco a Sergio (que tenía una panza redonda, la piel un poco enferma y un poco verde, de ahí lo de «Chicharo») a que se acercaría a Rubén y a que, sin que éste se diera cuenta, lo picaría. Por eso el apodo de Poncho era ése, pues eso de pinchar era su broma favorita. Y El Mosco había ganado la apuesta.

El Chicharo le dijo al Búho: «Vamos a la tienda a que le pague a éste un refresquito». Rubén, todavía sobándose el coco, dijo que no podía, que tenía que trabajar con la mula en el trapiche*. «Ni modo», dijeron los traviesos, y se fueron corriendo hacia la plaza, llena de escandalosas

*Trapiche: Es un molino con el que se extrae el jugo de frutos, tales como la caña de azúcar o la aceituna.

urracas, de ese pueblo huasteco. Rubén, Poncho y Sergio eran indios huastecos... o tének, como ellos se nombran. Mientras caminaba hacia la mula cabizbaja, Rubén sintió en la cabeza un chipotito. Desde su patio se podía ver un letrero que un vientecillo balanceaba. El letrero decía «Tancanhuitz de Santos, San Luis Potosí». Era el nombre del pueblo. La mirada de El Búho se quedó fija en las letras negras. Sólo pudo desviar su vista de ahí cuando la mula sacudió las orejas para espantarse las moscas.

El Búho cogió la rienda de la mula y empezó a jalarla y luego a caminar junto a ella, haciendo círculos y círculos. Durante toda la tarde harían muchos círculos. La mula tenía un madero colocado sobre su lomo, que en su otro extremo se enganchaba a un triturador de madera: el trapiche. Dando vueltas a su alrededor, él y la mula sacarían hasta la última gota que escurriera de la caña de azúcar.

¿Qué harían con los litros de jugo de la caña que exprimieran durante toda la tarde? El papá de Rubén iría en la noche a recoger el jugo y lo pondría a cocer varias horas, hasta que casi dejara de ser líquido. Luego, por la mañana, ya estando espeso, lo vaciaría en moldes –aquí El Búho siempre ayudaba– y lo dejaría enfriar.

Así se fabrica el piloncillo indio, el piloncillo huasteco. Lo malo es que si bien este producto sirve para endulzar muchas cosas –sin picar los dientes–, al papá de Rubén se le agriaba la cara cuando no lo podía vender a precio justo. A menudo sucedía esto, de modo que el dulcero tenía la cara agria: algo increíble.

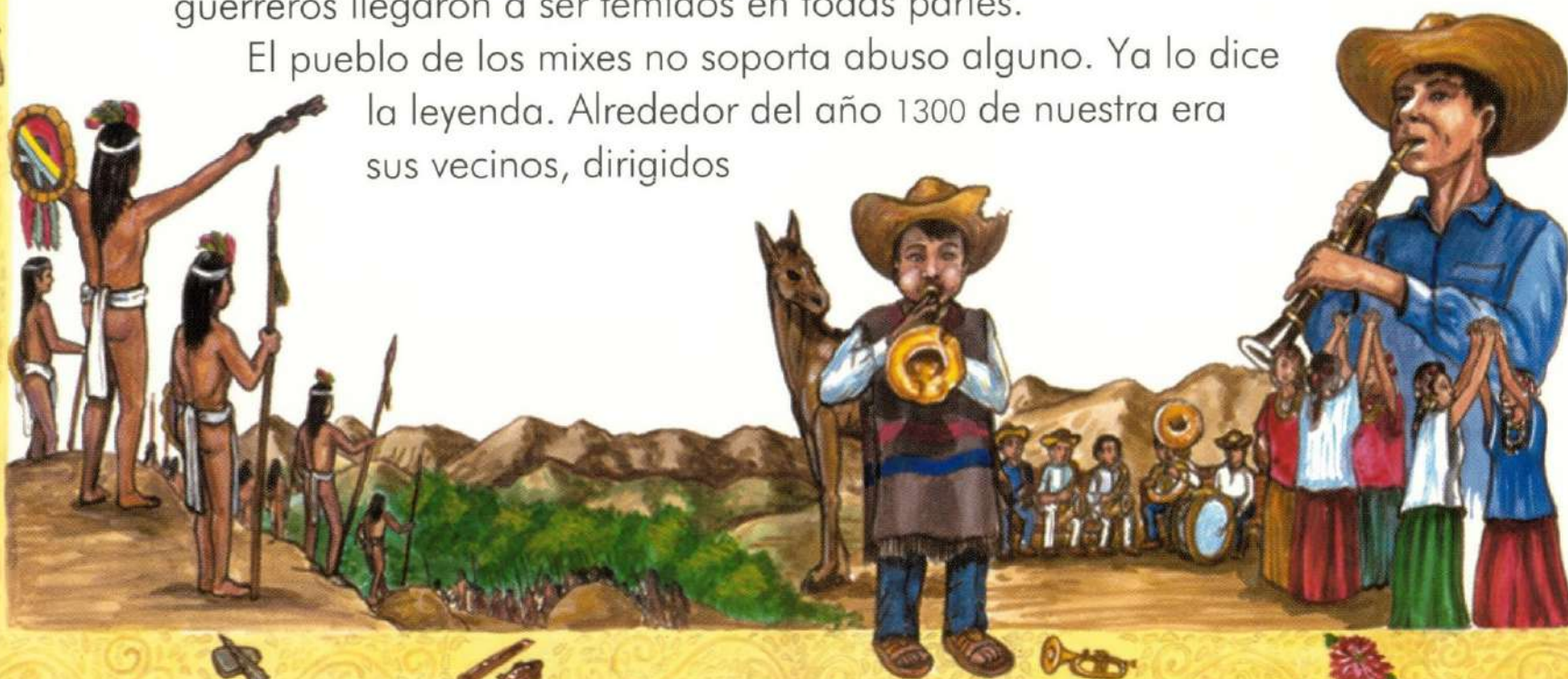
Cuando El Búho y la mula terminaron de dar vueltas, las urracas parlanchinas de la plaza tenían una hora de haberse dormido. Rubén desató a la mula, que bajó la cabeza hasta las rodillas. El niño se fue a la banca y miró el cielo. Muchas estrellas había. Se fijó en una que se movía despacito, despacito, era casi imperceptible. Y es que no era estrella, sino un satélite de comunicaciones hecho en la Tierra, de ésos que a veces se pueden ver en las noches claras.

Rubén concentró su mirada en él. Cada vez que algo se movía casi sin poder percibirse, lo miraba y lo miraba y le era muy difícil dejar de verlo, con sus ojazos negros como pozos profundos. Su mirada realmente se clavaba en esos objetos. Por eso le decían El Búho.

El espíritu mixe del trompetista Bulmaro

Los mixes son indígenas a quienes nunca les ha gustado que abusen de ellos. En épocas antiguas, este pueblo se defendía por medio de batallas encarnizadas contra sus vecinos: los zapotecos y los mixtecos. Pero luego se unió a ellos para enfrentarse a los poderosos mexicas, cuyos guerreros llegaron a ser temidos en todas partes.

El pueblo de los mixes no soporta abuso alguno. Ya lo dice la leyenda. Alrededor del año 1300 de nuestra era sus vecinos, dirigidos



por Zaachila Yoo, los atacaron. Entonces los mixes se congregaron en la montaña más alta de lo que hoy es el estado de Oaxaca: el Zempoaltépetl. Sus enemigos rodearon el lugar y lo incendiaron. Con profundo coraje surgió la defensa de los mixes encarnada en Cong Doy, quien guió a su pueblo a la victoria y al justo derecho de existir como cultura humana.

Aún hoy los mixes cantan, a pesar de su experiencia de haberse enfrentado a los españoles conquistadores, lo que dio lugar, al tiempo, a otro tipo de defensas: la de mantener seguras sus parcelas para sembrar los alimentos. Cantan un himno en honor al legendario rey Cong Doy, porque el recuerdo de su valentía fortalece y anima el espíritu de los indios mixes.

Todos los niños saben el himno y aquel que lo desconoce no es considerado mixe. Pero Bulmaro Pérez sí lo es. Es uno de los dos orgullos que tiene. Pocos años de vida pero buen mixe que es. Ni siquiera ha dejado de hablar ayook, la lengua de su pueblo, que domina mucho mejor que el español puesto que éste último no lo sabe leer, pero sí conoce otro lenguaje que se escribe de una manera muy particular; es uno que se

lee fuerte pero no con la voz sino con sonidos ordenados especialmente. Porque el otro orgullo de Bulmaro es saber música.

Casi todos los días se le ve por los caminos del pueblo con su trompeta abollada, con su sarape de lana de líneas grises y con su sombrero de paja que alguna vez mordió una mula. Cierta mañana, mientras él expandía sobre un petate en el suelo los granos húmedos de café para secarlos al sol –que cae directo sobre los altos picos de la sierra, cuando las nubes se deslizan por las montañas y para verlas hay que mirar hacia abajo, no hacia arriba–, dejó su sombrero en el piso unos segundos. Estaba terminando de secar los chorritos de sudor de su frente con un paliacate rojo, cuando oyó el inconfundible sonido de la palma mordida. Volteó y vio a la mula engullendo el primer pedazo que desaparecía de su sombrero de ala ancha. Se enojó mucho.

Tuvo que pasar bastante tiempo para que Bulmaro perdonara al animal. Todavía, de vez en cuando, al ir por las brechas de la sierra acompañando a su padre, le da un varazo en las ancas a la mula –que va transportando el café en sacos– más por el rencor guardado que por apurar el paso del animal.

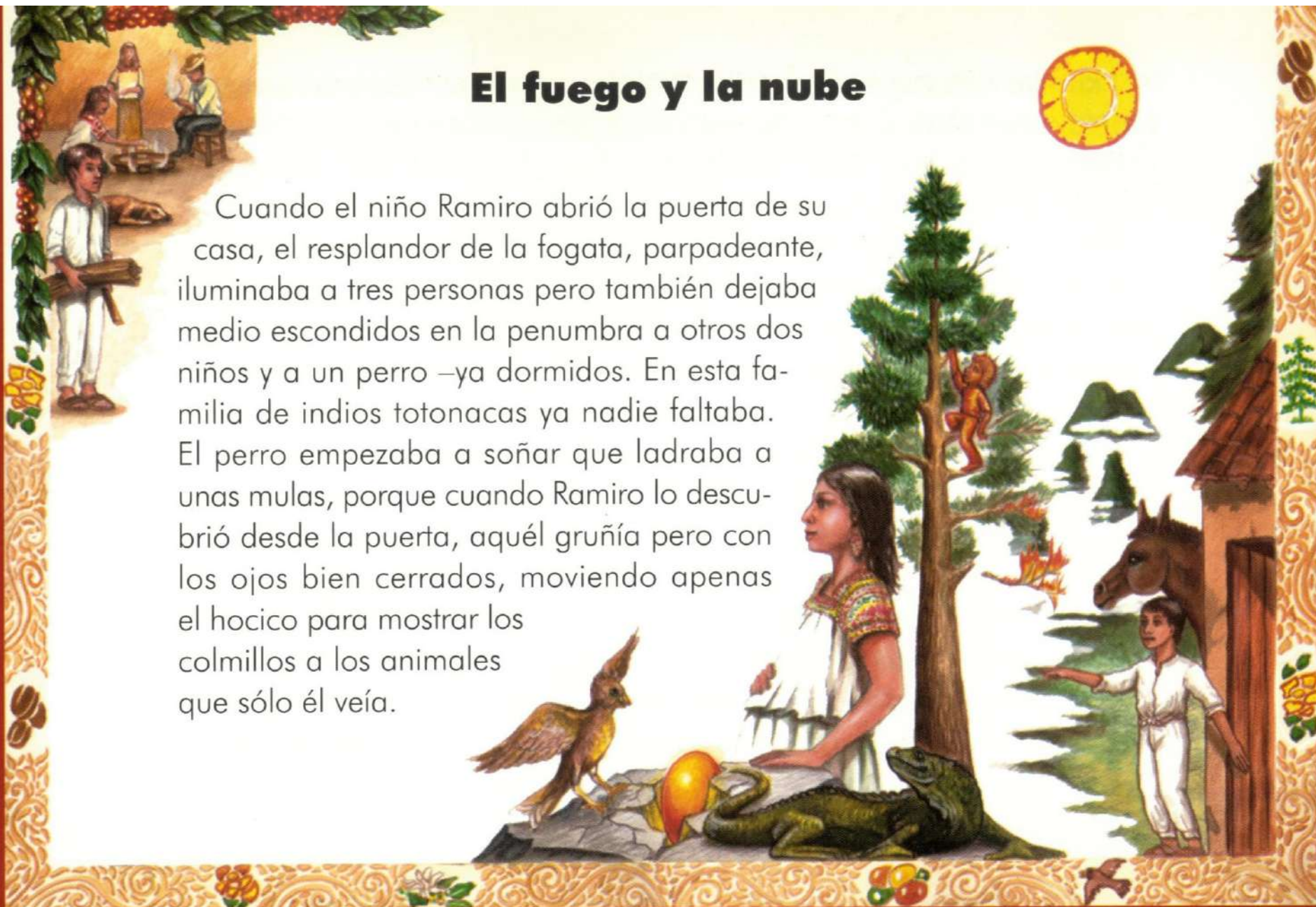
Bulmaro va casi todos los días del año a casa del maestro de música, y en el camino encuentra a otros niños que también estudian con él. Cuando llegan cinco o seis, comienza la lección. El viejo profesor, don Graciano, dice: «do-mi-re-do» mientras balancea su mano derecha en el aire; tres dedos de Bulmaro suben o bajan sobre los botones de la trompeta y sus ojos leen el papel de la música que tiene frente a él. Pronto estará listo para tocar en la banda del pueblo, cosa que todos los indios consideran muy importante. Entonces, nunca faltará su trompeta en festividad alguna, donde las mujeres, si quieren, pueden bailar hasta con otras mujeres, lo que no está mal visto.

Mientras llega su oportunidad, Bulmaro se prepara a solas, cerca de su casa, en las tardes de bruma fría. Todo se cubre de neblina densa y desaparece la silueta de Bulmaro con su sarape de lana y su sombrero herido.

También es ella, la bruma, la que lleva hasta el Zempoaltépetl los sonidos aprendidos de memoria de un popurrí con espíritu mixe, sopladitos por la boca de una trompeta de brillo opaco con dos abolladuras. Es la de Bulmaro, quien con las mejillas hinchadas de aire, transforma su rostro cargado de seriedad.

El fuego y la nube

Cuando el niño Ramiro abrió la puerta de su casa, el resplandor de la fogata, parpadeante, iluminaba a tres personas pero también dejaba medio escondidos en la penumbra a otros dos niños y a un perro –ya dormidos. En esta familia de indios totonacas ya nadie faltaba. El perro empezaba a soñar que ladraba a unas mulas, porque cuando Ramiro lo descubrió desde la puerta, aquél gruñía pero con los ojos bien cerrados, moviendo apenas el hocico para mostrar los colmillos a los animales que sólo él veía.



Ramiro descargó sobre el suelo todas las ramas que traía entre los brazos; eran de distintos tamaños y las había recogido durante la tarde, acompañado por una mula que era de su familia. Volvió a salir y en seguida regresó con una segunda carga, más grande y pesada que la anterior. Al levantar la vista, el niño Ramiro vio que su padre echaba humo por la boca y pensó, divertido, que estando tan cerca de la fogata se estaba quemando. Pero cuando el hombre volvió a chupar su cigarro, Ramiro nada más se rió.

En un rincón, acostado sobre un petate, los dos hermanitos de Ramiro dormían profundamente. El más chiquito soñaba que montaba con su papá la mula y que muy cerquita, un perro les ladraba.

La madre cogió dos ramas delgadas y las partió en pedazos más pequeños. Refugio, la hermana mayor de Ramiro, empezó a alimentar con estos trozos el fuego. Al acercar las varitas, una flama como lengua amarilla tocó los dedos de Refugio, quien apartó la mano rápidamente. Era como si las llamas la hubieran hipnotizado porque las miraba con los labios abiertos. En realidad ella recordaba en esos momentos una antigua leyenda totonaca que alguna vez su abuelo le contó. Tan vieja era la historia,

que sucedió cuando todavía no existía el sol. Se dice que en aquel tiempo alguien siguió a una sospechosa iguana que se acostaba sobre una enorme piedra muy caliente. Resulta que la piedra era muy dura; sin embargo, un pájaro, al brincar en ella, la rompió, y todos se asombraron. Dentro de ella, apareció el sol con forma de yema de huevo. Después, una huerfanita se comió esa yema de huevo y quedó embarazada. Todos se volvieron a sorprender. A los nueve meses nació, hablando, un hombrecito; este niño parlanchín era, de nuevo, el sol. Y conforme crecía, quería sentarse en las sillas, pero lo malo era que, por el calor que irradiaba, siempre las quemaba. Un día subió a un árbol y carbonizó una rama que cayó al suelo hecha brasas. Entonces la gente llevó a su casa las brasas y con ellas aprendieron a encender la lumbre.

Justo cuando Refugio recordaba la leyenda de que el sol, siendo niño, así había dado el fuego a los hombres, oyó a su mamá decirle a Ramiro que diera algo de comer a la mula y que se regresara pronto para cenar. Ramiro contestó que se iba a apurar para que no lo agarrara «la nube», y salió velozmente.

La noche era muy oscura, pues la luna era apenas una uñita colgada en el cielo. Junto a los cafetales, Ramiro dio de comer a la mula. Las bolitas del café ya estaban muy rojas, por lo que pronto las pizaría con su papá.

La casa de Ramiro está en las afueras del poblado de Pantepec, en la mera sierra norte de Puebla. Cuando llega la neblina, la primera casa que cubre es la suya. A Ramiro esto le gusta y a la vez no. Le cae bien porque «la nube», como él la llama, tiene el poder de borrar todas las cosas, aun las que están más inmediatas, y eso le parece gracioso. Pero también le desagrada porque a veces, la neblina es tan rápida que todo lo envuelve muy de prisa y Ramiro no puede continuar con lo que está haciendo. Y en el fondo, aunque él mismo no lo reconoce, le despierta un poquito de miedo caminar de noche rodeado de ese espeso vapor, sin saber si alguien se le acerca. En esos casos, Ramiro ve, más que con los ojos, con las orejas.

Cuando volvió a casa, después de amarrar la mula, su padre enrollaba una tortilla con poquitos frijoles. Se sentó junto a él, mientras Refugio introducía más varitas al fuego, que ahora calentaba un comal que cocía unas rueditas de masa. Su padre dijo que al día siguiente, temprano, empezarían

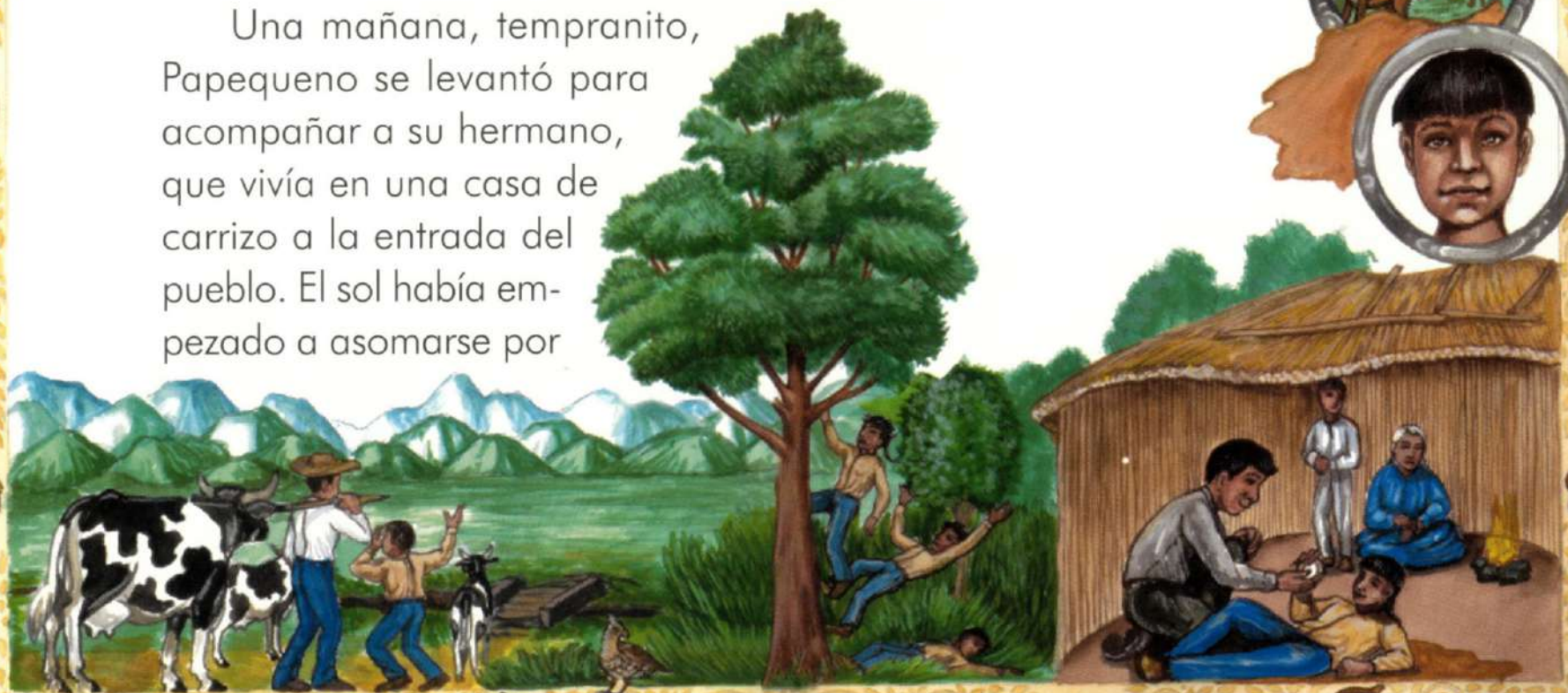
a descascarar el fruto del café, pues ya era el tiempo de poner a secar en el patio las semillas de color amarillo. Ya que estuvieran sin humedad alguna, recibiendo, sobre una manta en el suelo, todos los rayos del sol que necesitaran, se presentaría el mismo problema de todos los años: encontrar a alguien con un tostador que les permitiera quemar los granos y así volverlos de color café oscuro. Esto significaba, para el indio Ramiro y su padre, largas caminatas por la sierra con grandes bultos en su espalda y en el lomo de la mula.

Ramiro no quiso cenar mucho, pues deseaba asomarse por la ventana antes de tener que ir a su petate a descansar. Cuando se levantó y se acercó a ella, ya los cafetales habían desaparecido; la mula, dormida de pie, empezaba lentamente a desvanecerse. Ramiro miró cómo el ambiente exterior se volvía profundamente blanco, y dijo, en voz bajita: «Al fin llegaste». Cerró la ventana al momento en que «la nube» se estrellaba contra las paredes de su casa.

Un niño kikapú

Ésta es la historia de un día en la vida de un niño indígena muy imaginativo que se llamaba Papequeno; era un kikapú que vivía en el norte del estado de Coahuila.

Una mañana, tempranito, Papequeno se levantó para acompañar a su hermano, que vivía en una casa de carrizo a la entrada del pueblo. El sol había empezado a asomarse por





arribita de la sierra. Ambos tenían que llevar las vacas al monte para que pastaran y engordaran mucho. Cuando iba caminando hacia la casa de su hermano, Papequeno tuvo tres pensamientos. El primero fue al ver el sol, que parecía una canica de fuego como escupida por la sierra; pensó: «¡Qué hermosa es la Sierra Hermosa de Santa Rosa!». Y luego, al notar que su sombra ya también se había despertado, volteó, mirando algunas casas, y se dijo: «¡Y cómo me gusta mi pueblo de El Nacimiento!». Al ver a su hermano que sacaba a las vacas del corral, se le ocurrió que cuando la leche es de vaca muy gorda, aquélla le gusta más. Era una mañana alegre, sin duda.

Papequeno y su hermano anduvieron detrás del rebaño hasta el río Sabinas y, como todavía no empezaba la época de lluvias, éste llevaba poco caudal, así que pudieron cruzarlo por el puente. Cuando llueve, es tanta el agua del cielo que se junta con la del río, que el Sabinas crece muchísimo y tapa el puente. Entonces nadie puede cruzarlo y todos los kikapúes se quedan en su pueblo, sin salir, hasta que otra vez lo puedan atravesar.



De repente, Papequeno vio que algo se alejaba rápidamente de la orilla. Era algo muy pequeño que se movía por el suelo. Se acercó y descubrió a una codorniz, que pegó un salto de varios centímetros, pues se espantó al ver a Papequeno tan cerca de ella. Quiso escapar corriendo y el niño la siguió. El animalito se metió entre unos arbustos y desapareció. Pero a Papequeno no le importó, porque ahí juntito estaba un nogal. Se le antojó tomar algunas nueces, todavía verdes, para ponerlas a secar. Empezó a trepar al árbol pero pisó algo muy resbaloso: cayó de tal altura que se desmayó.

Cuando despertó estaba en el *utenikane*, así llaman los kikapúes a la casa que usan en el verano. Lo rodeaban, un tanto preocupados, su papá, su mamá y su hermano, y a él le habían puesto collares de chaquira y hojas medicinales en la frente. Al abrir los ojos, su padre le sonrió y le dijo que le tenía un regalo. Se acercó más y le dio un espejo redondo.

En el centro de la habitación había un amigo que los kikapúes cuidan mucho: el fuego y, como para la familia de Papequeno es sagrado, nunca dejan que se acabe. Cuando el niño se despertó, el amigo también se puso contento y sus llamas bailaban.



Más tarde lo dejaron solo y entonces Papequeno se asomó al espejo, pero algo raro estaba sucediendo: la cara de Papequeno no se reflejaba. Lo que se veía en el espejo era una escena de cacería con dos hombres. Vio que uno era su abuelo y que estaba persiguiendo a un venado que levantaba su cola blanca. Pensó que lo que veía en el espejo había sucedido mucho tiempo atrás, cuando aún había muchos venados en los alrededores. Además, su abuelo parecía muy joven. El niño supo que al venado lo quería para celebrar el Año Nuevo, que allá lo festejan en febrero. Después de cazarlo, su abuelo untaría a la piel los sesos del venado y con una vara dura lo golpearía seis días exactamente —esto lo hacen los kikapúes para suavizar la piel del venado y dejarla como gamuza. En la fiesta todos comerían la carne del animal, que es muy sabrosa, y también bailarían. Por supuesto que darían gracias a *Kitzigiata*, el dios que protege a las familias kikapúes.

De repente, alguien arrojó la piel de venado. Ésta salió por el espejo y le picó un ojo a Papequeno. Su madre oyó el ruido y entró. En lengua kikapú dijo: «Oye, esa piel la he buscado semanas enteras, ¡qué bueno



que la encontraste!». Inmediatamente, su madre cogió la piel y la preparó para hacerle a Papequeno unas «tehuas», que son unos zapatos que se adornan con bolitas de chaquira. Papequeno miró al espejo otra vez pero ahora sólo vio un niño sonriente con un chipote: era él, que sonreía al darse cuenta de todo lo que se había imaginado al asomarse al espejo.

En el país de las piedras



«Agua, quiero agua, por favor», decían los ojos de Tunita, la perra de un niño ñahñu llamado Moisés. Y no sólo pedía agua con los ojos, también con su lengua, que colgaba muy estirada de su boca.

¡Qué calor hacía en ese momento! Nada más de ver a Tunita, Moisés sintió sed. Los dos estaban bajo un enorme nopal buscando sombra, pero el sol ya estaba en el centro del cielo y ya no se sentía frescura. «Se esfumó», dijo Moisés,





y se puso a caminar, seguido de la perrita, que continuaba aspirando aire por su hocico abierto como si todo el calor de adentro se le pudiera salir. En el cuello del niño se columpiaba una muela de coyote que pendía de un hilo; era el amuleto contra el temible «mal de ojo» que su mamá le puso cuando era bebé. Desde entonces, nunca se lo había quitado, para evitar así las envidias de los demás.



Moisés sudaba y sus pasos levantaban polvo, mucho polvo. Él mismo no distinguía qué había más ahí: si polvo o piedras. Al patear una piedra, tanto polvo se levantó, que la perra, negra y muy flaca, se adelantó para que la nube gris de tierra fina no la envolviera; la piedra rebotó seis veces y luego se confundió con las demás, que eran muchísimas. Ambos estaban en el Valle del Mezquital, tan seco como la lengua de Tunita. Moisés vive ahí, en Xuchitlán, un pueblo de indios ñahñus. A sus pobladores también se les conoce como otomíes, y viven en el estado de Hidalgo.

Cuando Moisés llegó a su casa y entró a la cocina, tomó una jícara con agua que puso en el suelo. Con cada trago que daba, todo el cuerpo de la perra se movía. Pero el niño indio no tomó agua sino que fue en busca



de su papá. Al salir vio los montes de la sierra, con sus matorrales en grupos, que siempre imaginaba como grandes cabelleras que perdían pelo y se quedaban en mechones.

Pero en esos montes, en ese valle calvo, crece una planta que es la gran amiga de los ñahñus: el maguey. Los indios sacan fibras de esta planta para tejer; también colocan largas pencas sobre sus casas para dar resistencia al techo o, ya secas, sirven para hacer muy buenas fogatas. Es más, ¡sus hojas son buenas hasta para dar de comer a los burros! Por eso los ñahñus siembran maguey. En un sembradío de éstos es donde Moisés estaba seguro de encontrar a su papá.

Hay otros dos productos derivados de esta planta, y son los que a Moisés más le gustan: uno se come y el otro se bebe. Como ya estaba en el magueyal, el niño decidió buscar el que se come, es decir, gusanos de maguey. Se acercó a un viejo y enorme ejemplar de diez años, con un tallo muy largo que en la punta tenía flores amarillas que parecían querer tocar el cielo. Moisés se agachó a la base del gran vegetal y movió una penca. Tuvo tanta suerte que encontró dos gusanos gordos. ¡Qué cara de

alegría puso! Estos gusanos, una vez cocidos en agua, se comen con tortilla y chile, y son un auténtico manjar, el preferido de Moisés. Los atrapó y los iba a poner dentro de una bolsa de su camisa, pero como ésta tenía tantos hoyos –uno precisamente en la bolsa– mejor los guardó en su mano, mucho más segura para tan exquisito tesoro.

Un fino polvo junto a un maguey sin flor descubrió a su papá. Moisés se acercó por detrás y puso, a la altura de la vista de su padre, la mano extendida mostrando el gran hallazgo. El hombre dijo que estaba muy ocupado, ¡que no lo molestara! –desde que su hermanito había muerto de una enfermedad, hacía un mes, Moisés notó que su padre se volvía más serio cada día. Pero esta semana no había visto llorar al hombre, así que esa tristeza profunda que mostraba quizá se alejaría para siempre.

Como si el papá hubiera escuchado los pensamientos de Moisés, le dijo: «Ayúdame», y Moisés supo que había querido decir: «Perdóname». Comenzó a ayudarlo. Se trataba de recoger en un plato hondo el líquido mieloso –el aguamiel– que escurría del maguey mientras, por el otro lado, su papá con un largo cono le soplabá para que saliera más rápido por las paredes raspadas del centro de la planta.

Esto se hacía tres veces al día y luego el aguamiel se ponía a reposar unas horas. Al cabo de este tiempo, la bebida fermentaba y se convertía en pulque. Con tan poca agua en la región, esta bebida es la principal quitased de todos los ñahñus, que también les da energía y calorías.

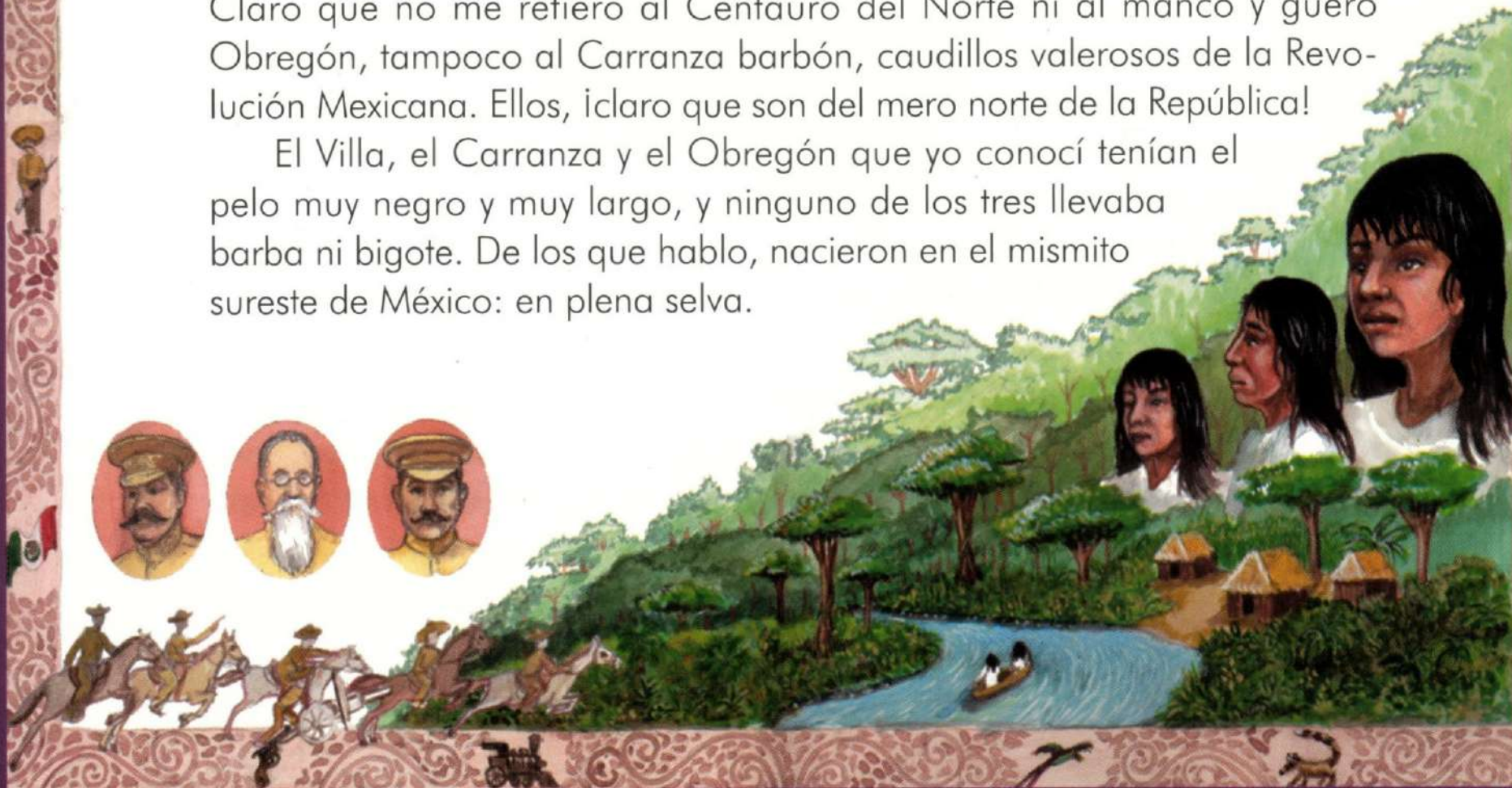
Moisés volvió con su padre a casa. Sus huaraches pisaron unas plantas secas, y juntito una lagartija –que se asoleaba sobre una piedra– salió corriendo asustadísima. El animalito trató de esconderse, pero un polvillo en el aire delató en cuál matorral estaba. Era como si, en el «país de las piedras», el polvo fuera el rey. Al llegar a casa, Moisés encontró la sombra más fresca del día y ahí se quedó descansando.

*Trapiche: Es un molino con el que se extrae el jugo de frutos, tales como la caña de azúcar o la aceituna.

Cambio de nombres

En el norte mexicano no nacieron Pancho Villa ni Carranza ni Obregón. Claro que no me refiero al Centauro del Norte ni al manco y güero Obregón, tampoco al Carranza barbón, caudillos valerosos de la Revolución Mexicana. Ellos, ¡claro que son del mero norte de la República!

El Villa, el Carranza y el Obregón que yo conocí tenían el pelo muy negro y muy largo, y ninguno de los tres llevaba barba ni bigote. De los que hablo, nacieron en el mismito sureste de México: en plena selva.





Tampoco hablaban español correctamente, porque pocas veces lo utilizaban; a lo más, apenas para comunicarse con los visitantes que llegaban a sus pueblos de cuando en cuando. Su lengua materna era muy distinta; no era un idioma europeo sino uno muy antiguo y nativo de América: una lengua de indios, el maya. Para poder hablarlo se empieza por pensar en maya: desde las ideas y las ocurrencias, desde los sueños hasta los ronquidos, pasando por las fantasías de la imaginación. Sólo pensando en maya, se termina hablando en maya.

Así que los tres que menciono nacieron y vivieron en la selva de Chiapas, hablaban maya, tenían larga cabellera y eran indios. Villa se llamó primero K'in; Carranza fue K'ayum, y Obregón, cuando nació, también se llamó K'in.

Si tú hablaras maya, sabrías que K'in es el sol –ni más ni menos– y K'ayum, el dios que inventó la música y el canto. Por tanto, dos de ellos, cuando niños, tenían el nombre del astro celeste y el otro, del dios de las artes.

En el momento en que los tres caudillos que nacieron en el norte estaban haciendo la Revolución –para que en México se transformaran las



injusticias sociales— los de la jungla ni se enteraron. Mientras, en otras partes del país, en el norte, en el centro, en Morelos y en otros estados, la gente se iba a luchar para vivir mejor, o a morir por luchar con valentía. Pero en la selva de Chiapas, los indios seguían viviendo como si nada pasara; porque una revolución se hace con mucha gente, pero nunca con tanta, como la de un país tan grande como México. Del millón de mexicanos que murió durante los diez años de lucha armada que duró esa guerra, ninguno fue lacandón. Y K'in, K'ayum y K'in eran indios lacandones; y recién habían nacido cuando México en esos años luchaba y luchaba para lograr una situación social más justa.

Sin embargo, otros mayas del mismo estado, los tzotziles —habitantes de la región montañosa que se conoce como los Altos de Chiapas— sí formaron parte de los ejércitos de la Revolución. Existió un caso famoso, el de Juan Pérez Jolote, a quien un día encarcelaron en Tapachula injustamente por un delito que no cometió. Pasó once meses tejiendo sombreros de palma para venderlos desde la cárcel, cuando de repente le dijeron que iba a quedar libre, que alistara sus maletas. En realidad se lo



llevaron hasta la ciudad de México y lo hicieron soldado del Batallón 89, cuando Huerta era aún presidente. Sucedió que luchó del lado de los carrancistas yendo a Zacatecas y a Veracruz. No se sabe cuántos años tenía Juan Pérez cuando peleó, porque él, como todos los tzotziles, no llevaba la cuenta de sus años de vida. Por eso nunca hay que preguntarles su edad a estos pobladores indígenas.

El tiempo ha pasado, y esos indios todavía tienen problemas de tierras: necesitan más.

Entonces, en la región montañosa de Chiapas sí se sabía de la Revolución, mientras que en la selva lo ignoraban. Por eso, en tiempos de la lucha, los lacandones, aislados, siguieron con sus costumbres, enfrentándose a sus propios problemas, como las enfermedades, uno de sus principales enemigos. Aun después de la Revolución siguen enfrentando grandes males. A pesar de los adelantos del México moderno, y de contar con clínicas de salud para atenderlos, todavía siguen padeciendo terribles enfermedades. Yo recuerdo las lágrimas de mi amigo Mateo, otro lacandón, cuando me avisó, el año pasado, que su hijo menor se le murió. Tan triste



se puso él como el resto de su familia. La clínica no pudo ayudarlos porque faltaron las medicinas necesarias. Una lástima. Tampoco los dioses lacandones hicieron caso de las ofrendas para la salud del niño, porque acabó muriendo. ¡Qué pena me dio!

Así que la Revolución Mexicana fue para algunos grupos, como el de los lacandones, apenas un rumor. Cuando K'ayum y los dos K'in supieron lo que los héroes revolucionarios habían logrado, no dudaron en cambiarse los nombres.

Por eso yo insisto en que hubo un Pancho Villa que no nació en Chihuahua; un Carranza que tampoco lo hizo en Coahuila, y que existió un Obregón que no fue sonoreense. Que Villa, Obregón y Carranza eran sureños; eran indios lacandones.



Los muñecos de Rodriga

Al parecer, el hermano de Rodriga Díaz Toncocol no tenía quehacer alguno, sólo «papaloteaba». Ella, sentada afuera de su casa sobre un piso de tierra aplanada, miraba a su hermano mayor ya casado.

A los costados de Rodriga había, del lado izquierdo, veinte muñequitos de barro y, del lado derecho, un montoncito de pedazos de tela de lana. Escogió un muñequito desnudo y le vio la cabeza: si tenía la frente aplanada era hombre y si la tenía redondeada entonces era mujer. Pero la figurita que había elegido tenía



la frente despostillada, así que, ¿cómo sabría qué hacer? Rodriga tenía que vestir los veinte muñequitos elegantemente para que los turistas que visitan la ciudad de San Cristóbal de las Casas los compraran apenas ella se los mostrara.

Entonces volvió a ver al que «papaloteaba» y decidió vestir al muñeco como su hermano: la frente del muñequito quedaría tapada con una máscara de tela blanca, debajo del sombrero; su cuerpo vestiría un chiquito pero caliente algodón negro de lana. Como su decisión convirtió al muñequito en hombre, entonces también debería llevar un calzoncillo blanco, para que se pareciera más a su hermano y a todos los indios tzotziles de su pueblo.

Toditos los muñecos tenían la misma cara, con cuatro hoyitos y una línea horizontal, que era la boca; dos hoyos superiores eran la nariz y dos más arriba, bajo la frente, eran los ojos, mismos que veían a Rodriga como diciéndole que se apurara y que los vistiera pronto. Parecía como si los muñequitos también sintieran el frío del intenso viento que rodea las altas montañas de Chiapas y la casa de Rodriga.



Cuando el hombrecito quedó vestido con su bufanda roja y su cinturón verde de hilos de estambre, dos borregos se acercaron y olieron el montón de pedazos de lana. Al momento balaban, «¡bee! ¡beeee!», y se alejaron a toda prisa.

El frío aumentaba. Rodriga movió los dedos de sus pies descalzos —el tono de su piel era similar al del barro de las figuritas— y abrochó el último botón de su camisa que era de color azul fuerte. Para estas mujeres indígenas, los colores representan una clave: quienes visten en color azul fuerte, seguro pertenecen al pueblo de San Juan Chamula, y a ningún otro. Así los tzotziles reconocen su origen, en el color de la ropa que lleva cada pueblo.

Rodriga comenzó a vestir el segundo muñeco, al tiempo que la tarde se despedía con más viento. El apetito se le despertó. Vestiría diez muñecos más y luego iría a tomar en un *boch*, que es un plato hecho de cáscara de calabaza, su *pajalul*, es decir, su atole agrio de maíz, que es muy sabroso.

Mientras tanto, su hermano seguía «papaloteando». No es que volara papalotes o que los construyera, simplemente era que tenía la boca a medio cerrar, los párpados a medio abrir y una mano



deteniendo su cabeza; en cambio, las que volaban como papalote eran sus ideas, ya que tenía que encontrar la forma de evitar que los hombres blancos les quitaran más tierras. El primer terreno que les quitaron perteneció a sus abuelos indígenas; en aquella ocasión muchos tzotziles fueron hasta la ciudad de México –¡tan lejana!– a reclamar. Quisieron ver al Presidente de la República en persona, pero no pudieron. Entonces perdieron la tierra donde sembraban el maíz, y eso no había sido justo. Al recordar esto, dijo enojado: «¡Ajualil!» («¡Blancos!», en lengua tzotzil) y Rodriga volteó a verlo, mientras vestía al muñeco con falda de mujer. De las montañas con bosques de pino continuaba llegando aire frío.

Desde el piso, sentada, miró que la boca de su hermano volvía a abrirse un poco, los ojos a cerrarse otro tanto, y la mano a sostener la cara. Es que, de nuevo, su hermano «papaloteaba».



El niño de sal

Un grupo de cuatro personas iba sobre una barcaza que el agua mecía;
un viento que olía a sal impulsaba la vela hecha con quince trapos
de tela blanca, zurcidos.

Iban tres hombres jóvenes y un niño; éste, en pantalón corto
y camiseta, se llamaba Bartolomé. Sobre sus cabezas, un



par de gaviotas pasaba con las alas extendidas como aviones de metal. Al mismo tiempo ambas ladearon la cabeza como viendo si en la barcaza había pescado y, al no percibirlo, siguieron de largo. Bartolomé metió la mano en el agua, que no era precisamente del océano o de «mar vivo» —como allá dicen. Era agua de la Laguna Inferior, uno de los dos grandes depósitos naturales que forman la zona huave, un amplio territorio indígena que estos navegantes consideran suyo, porque ellos eran los dueños del lugar desde antes de que vinieran los españoles a conquistar América.

Estos pescadores eran indios huaves, indios del agua —de la que avienta en olas el Océano Pacífico para que entre por una rendijita de la costa de Oaxaca y la zona se llene de lagunas.

Bartolomé sacó la mano del agua y uno de los hombres empezó a hacer algo asombroso. Primero divisó un banco de peces; en seguida se paró de un brinco. Bartolomé lo veía guiñando un ojo porque se le metía demasiado la luz del día. El hombre empezó a golpear el fondo de la lancha con un pie. El sonido que emitía era siempre igual, continuo, como hecho para hipnotizar.

Transcurrió un momento y comenzaron a acercarse unos peces. Eran lisas. El sonido que salía de la lancha las atraía como imán. Los otros dos hombres esperaban pacientemente y Bartolomé, con su ojo entrecerrado, sabía que pronto comenzaría «el baile».

Y pronto comenzó: las lisas, como si hubieran tragado resortes al dirigirse hacia los pescadores, comenzaron a saltar, retorciéndose en el aire. Como tenían color de espejo, con cada salto echaban chispas que reflejaban el sol, pero Bartolomé no iba a cerrar nunca el otro ojo. El sonido de «tam-tam» prosiguió y uno de los peces saltó, estirándose tanto, que ya no cayó en el agua sino que aterrizó en la barcaza, junto al niño que, rápido y abriendo ahora sí ambos ojos, se apresuró a atraparlo con sus manos, sujetándolo fuerte, para que no se le escurriera como jabón.

Y, ¡poc!, en el otro extremo aterrizó una lisa más, mayor que la primera, y también la sujetaron dos manos. Y luego otra. Fueron tres los peces que brincaron de su mundo a la lancha de los huaves, que se pusieron de buen humor por el baile tan fecundo de lisas. Música de indio para peces; peces de carne blanda para los indios. Pesca sin hilos. Pesca mágica: para hacerla, se necesita mucha suerte. Y ser huave.



El grupo se fue hacia la orilla de la laguna. Llegando, unos fueron por cocos secos mientras que Bartolomé y el que producía música con el pie se dirigieron a desenterrar de la arena un saco, escondido siempre en secreto tras unos matorrales, tal como un tesoro.

En realidad el saco contenía sal. Con ella se seca el pescado y el camarón para que duren; así, los indios pueden hacer trueque por pan y tortillas en el mercado del pueblo. Cuando no hay dinero, con pescado se compran los otros alimentos.

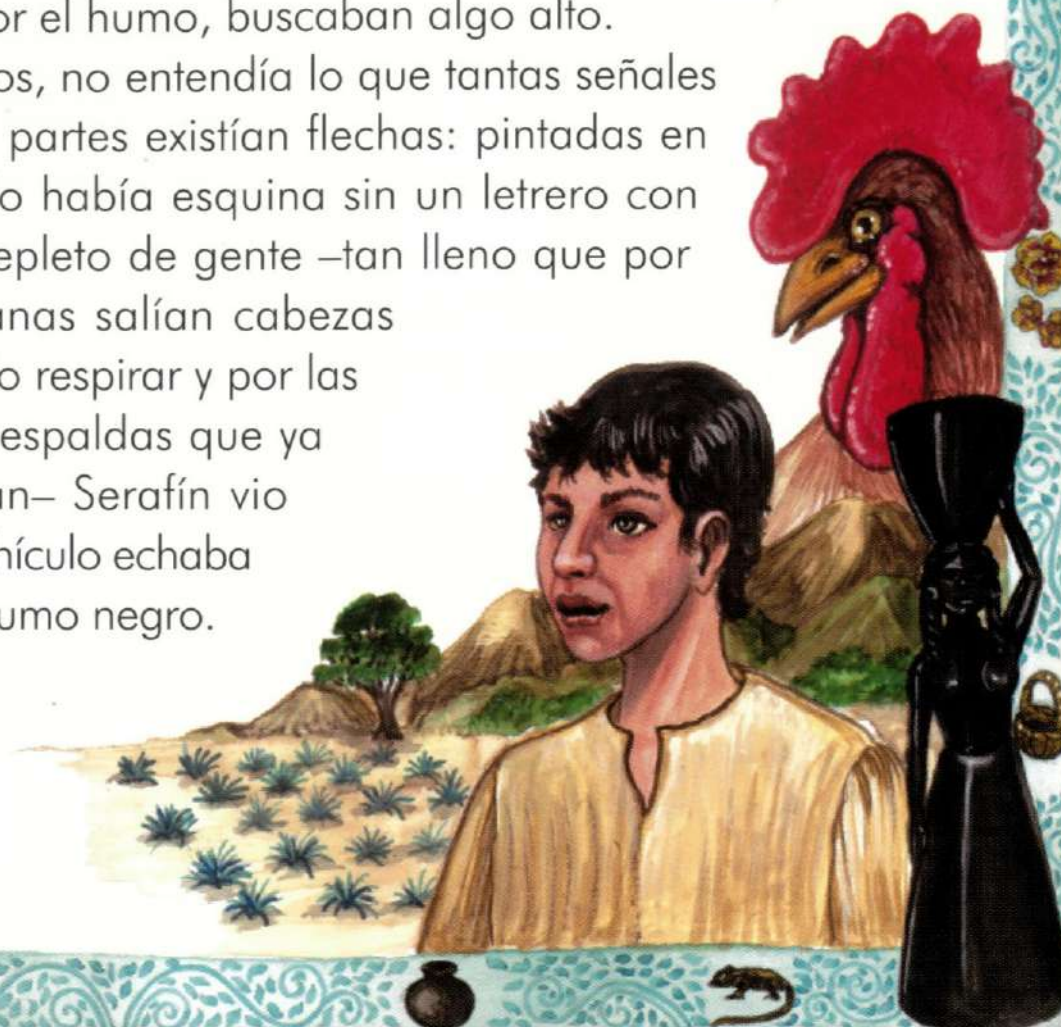
Cuando Bartolomé y su acompañante volvieron con el saco, el fuego de los cocos empezaba a arder. Limpiaron las lisas y les pusieron harta sal, porque les gusta con bastante. Sal para comer y para secar; sal en el aire y sal en el agua. Con tanta en su vida, Bartolomé es un niño de sal.

La tarde tenía que pasar para luego volver de noche al pueblo. Aún habrían de pescar más, pero entonces lo harían con atarraya, la red de nylon. Platicarían en huave y pasarían por Santa María del Mar para llegar a San Mateo del Mar. Por el lado opuesto de la laguna otros huaves se irán a San Francisco del Mar o a San Dionisio del Mar. Puro territorio huave. O, como dicen allá: puro territorio «mareño».

Cuando Serafín visitó la gran ciudad

Los ojos de Serafín, llorosos por el humo, buscaban algo alto.

Como él venía de muy lejos, no entendía lo que tantas señales querían decir. Casi por todas partes existían flechas: pintadas en negro, en blanco, en rojo. No había esquina sin un letrero con flecha. Al pasar un autobús repleto de gente –tan lleno que por las ventanas salían cabezas queriendo respirar y por las puertas, espaldas que ya no cabían– Serafín vio que el vehículo echaba mucho humo negro.



Mirando cómo la nube negra se mezclaba con el aire transparente, descubrió que también había flechas rectas y otras curvas.

Su papá lo cogió de la mano y le dijo en lengua zapoteca: «Tu padriño tenía razón. El cielo de aquí es café, y no azul». Apenas oyendo esto, Serafín tuvo que soltar la mano de su papá y taparse las orejas, porque muchísimos autos, con sus bocinas, comenzaron a hacer un ruido espantoso, que se metió hasta el mismo cerebro del niño: «¡Píiiiiiii! ¡Poooooooo! ¡Tiriritirirí!!!!».

Acostumbrados a caminar sin prisa por el valle de Oaxaca, entre los picos de la planta del agave (ese maguey delgadito que más que verde parece azul), padre e hijo tuvieron que apresurarse a cruzar la avenida, porque un tipo con anteojos oscuros que conducía una motocicleta se les fue encima sin siquiera disminuir la velocidad. Serafín llegó primero a la banqueta y luego volteó justo para ver cómo su padre brincaba, con todo y la caja que llevaba cargando, para que la moto no le alcanzara a pegar. «¡Indios tontos!!» –gritó el de la motocicleta, mientras se alejaba rápido con una sonrisa de maldad.

A su padre no le pasó nada –¡por suerte!–, pero Serafín pensó que con ese brinco quizá se hubiera roto el contenido de la caja. Pensando lo mismo, su papá decidió abrirla. Quitó el mecate que la envolvía y abrió la tapa. Serafín acercó la cabeza para asomarse: las tres figuras estaban enteras. Eran tres mujeres con trenzas que cargaban una maceta sobre sus cabezas, todas de una sola pieza. Las tres eran de barro negro. Sí, del barro negro que sólo se hace en San Bartolo Coyotepec, el pueblo oaxaqueño de Serafín. Su padre las había moldeado, y él, la semana pasada, había ayudado a meterlas al horno antiguo de su patio, una construcción hecha con una sola entrada, como cueva, para mantener bien encendido el fuego que coce el barro.

¡Vaya que si había diferencia entre el pueblo de Serafín, con sus casas de adobe, y la gran ciudad de México que ahora visitaba con su padre! En San Bartolo ellos eran conocidos y tenían amigos pero, en la ciudad, ¿a quién le importaban? Además, ¿por qué el de la moto no había frenado? «Tu padrino tenía razón, Serafín. Acá en la ciudad la gente puede ser muy agresiva» –le dijo su padre, medio asustado (porque le temblaba un labio),

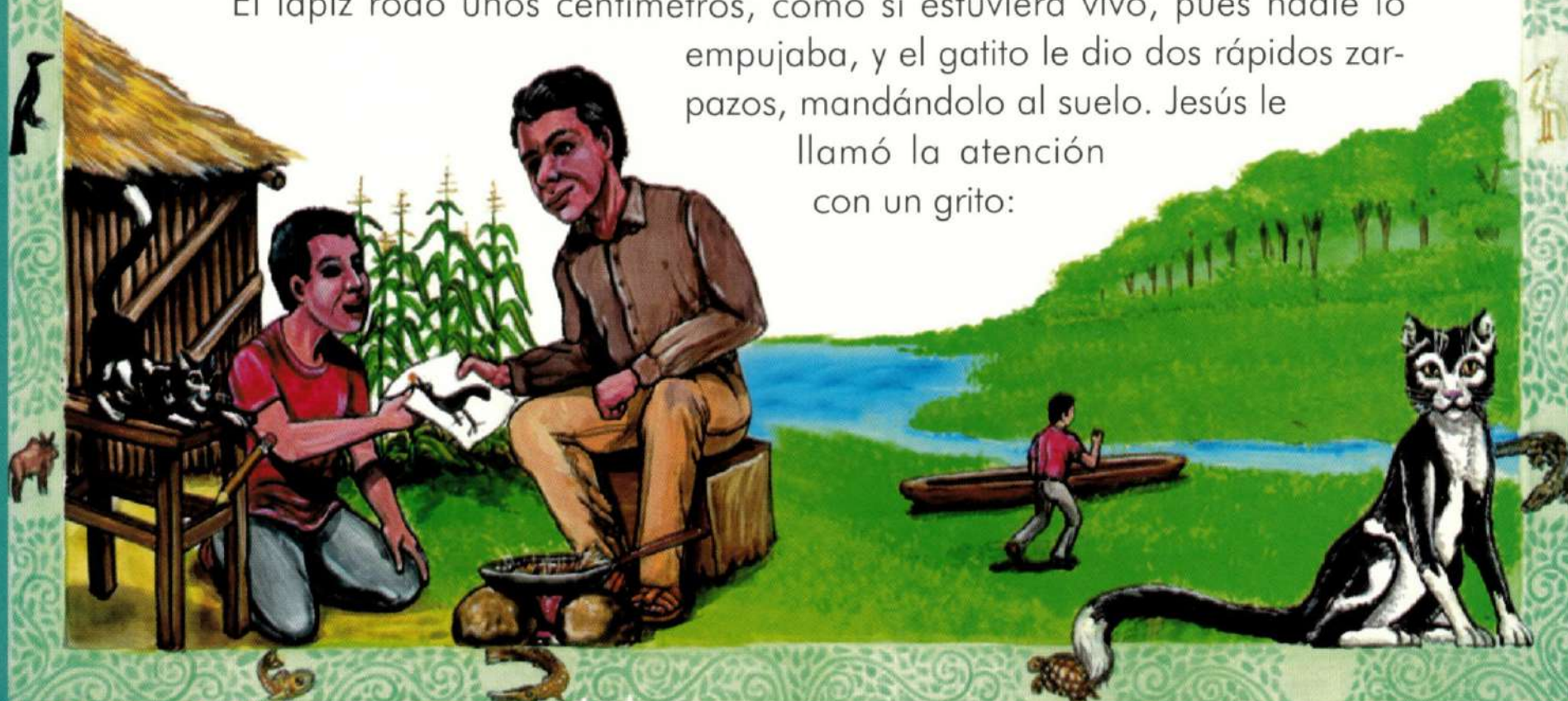
pero también medio aliviado, cuando comprobó que las piezas de barro no estaban dañadas. Hablando en zapoteco, Serafín quiso calmarlo diciendo algo que le levantara los ánimos: «No te preocupes, que nos protege mi *tona*, el gallo».

El niño se refería al animal que lo cuidaba particularmente a él, porque cada zapoteco, desde que nace, tiene un animal amigo, protector y guardián que lo cuidará por toda la vida. Y el gallo cantor era la *tona* de Serafín: nunca le había fallado.

Ya estaban cerca de la tienda que compraba artesanía, la que se interesaba en adquirir auténtico barro negro de Coyotepec. Alguien les había indicado que el comercio estaba «pasando "el alto"». Y Serafín —con los ojos rojos por tanto humo— buscaba un edificio, un hombre muy corpulento o un árbol grande, es decir, algo alto, porque él, como venía de muy lejos, no sabía que «el alto» era un semáforo, y que así le dicen en la ciudad. Un semáforo que estaba junto a una flecha, de esas como las que Serafín veía en cada esquina.

El niño que no quería ir a la escuela

El gato se movió. Era chiquito, flaco y tenía color de vaca. De manchas negras y blancas, el gatito brincó con agilidad a la mesa y miró el lápiz que la mano de Jesús, también chiquita y flaca, acababa de dejar ahí. El lápiz rodó unos centímetros, como si estuviera vivo, pues nadie lo empujaba, y el gatito le dio dos rápidos zar-pazos, mandándolo al suelo. Jesús le llamó la atención con un grito:



«¡Shishes!», y el animal supo que era el momento de huir. Saltando, también él abandonó la mesa. Quizá por lo travieso que resultó, al gato «Shishes» le pusieron como nombre esa palabra chontal que se usa para decir «lo que ya no sirve del carbón».

Jesús se levantó, recogió el lápiz y no volvió a la mesita de madera, sino que se acercó a las tres piedras grandes que contenían el fuego de cocinar. Allí estaba su papá, que freía en aceite una mojarra chiquita y flaca.

—Ya está la tarea —le dijo Jesús a su papá, a la vez que le enseñaba el papel. El hombre lo tomó y lo vio con curiosidad. Era un dibujo de un pájaro negro con una especie de piedrita en el pico.

—Es un zanate ladrón —explicó Jesús, en el pico lleva un grano de maíz que tú plantaste.

El indio cocinero se rio y dijo que estaba bien, aunque en el dibujo una pata era más grande que la otra. Jesús recibió el papel y lo dobló en dos. Echó un ojo a la mojarrita y se armó de valor para decir:

—Papá, ya no quiero ir a la escuela.

Del fuego saltó una chispa y el gato «Shishes», con su mirada de alcancía, siguió el aterrizaje de la lucecita. El papá volteó el pescado y contestó:

—Ya faltaste dos días la semana pasada, ¿ahora, otra vez?

El niño corrigió: —No es otra vez. Es nunca más. Ya no quiero ir. Yo nada más quiero pescar.

—¡Pero si cada vez hay menos pescado! —y levantando sus cejas, el cocinero añadió: ¿No ves que desde que desviaron el río, para hacerlo canal, y desde que llegó el petróleo que mancha con chapopote la laguna, cada vez hay menos pescado?

Como Jesús ya había oído antes esas frases en la boca de su papá, estaba preparado y pudo decirle:

—Pero yo sé dónde hay. Yo tengo suerte. Esa mojarra misma yo la pesqué. Además, yo quiero ser como tú, no como mi hermano.

—¿Cómo soy y qué tiene tu hermano? —se sorprendió el indio adulto.

—Tú sabes hacer muchas cosas: sembrar maíz y chile, hacer carbón y construir cayucos* para ir por la laguna. En la escuela no me enseñan

*Cayuco: embarcación de una sola pieza, más pequeña que una canoa, que usan principalmente los indios.

eso. Y no quieren que hable más el chontal. Como el maestro no lo entiende, castiga al que lo usa. Ni tú mismo me castigas...

—¿Y qué tiene tu hermano? —lo interrumpió su papá, porque sabía que era cierto lo que el niño afirmaba.

—Pues fue cinco años a la escuela y nada sabe hacer; luego se tuvo que ir a la capital, a Villahermosa. Yo me quiero quedar acá —imploró el niño tabasqueño.

—Pero se fue a trabajar. Allá se hizo albañil; sabe hacer casas con techo de cemento, no de paja y maderas, como la nuestra —le explicó el hombre.

Jesús estaba decidido a convencer a su papá. Le recordó que su hermano ya no obedecía cuando venía y que, en español, decía muchas groserías; que era muy respondón, y todavía añadió:

—Además, ya tomó el gusto por la borrachera.

Serio, el cocinero alzó con un tenedor largo y chimuelo la mojarra, y la dejó arribita del viejo sartén para que escurriera todo el aceite caliente. Entonces dijo algo que también contenía mucha verdad:

—Para hacer cayucos necesitas troncos fuertes, grandes, largos. Necesitas caoba. Desde que trajeron para acá los potreros de vacas ya no hay

de esos árboles gigantes. Sólo quedó pastito. ¿Con qué te voy a enseñar a hacer cayucos?

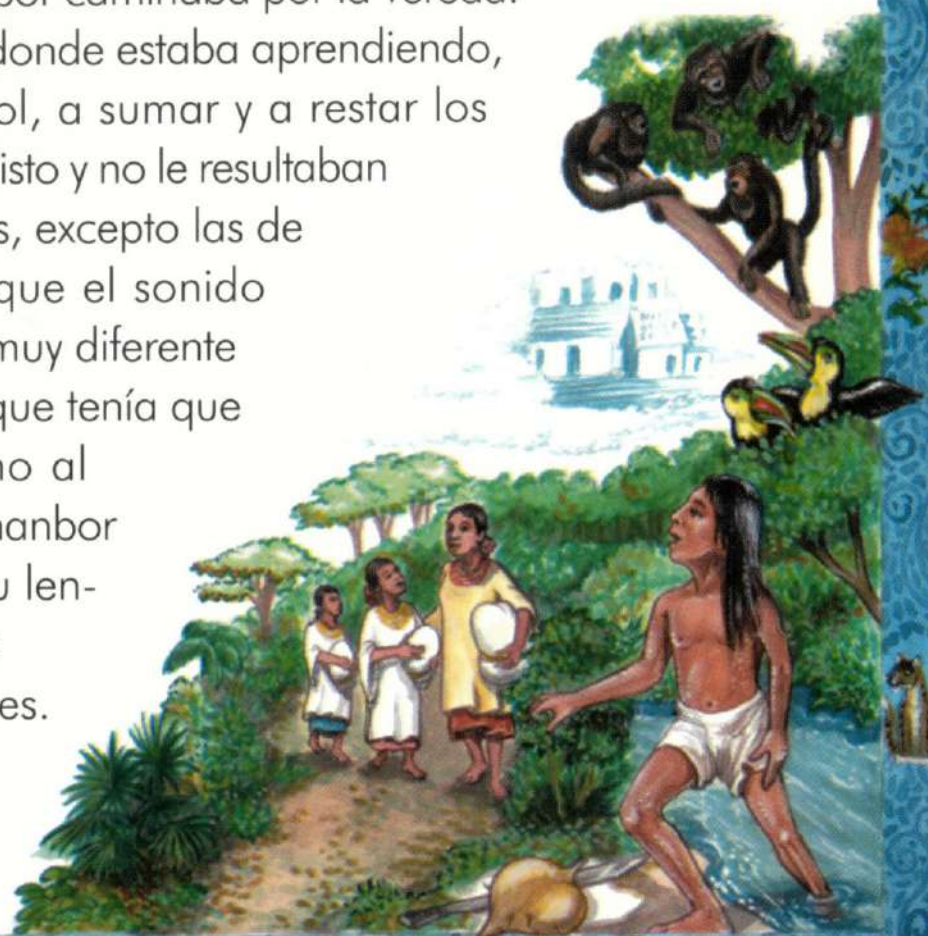
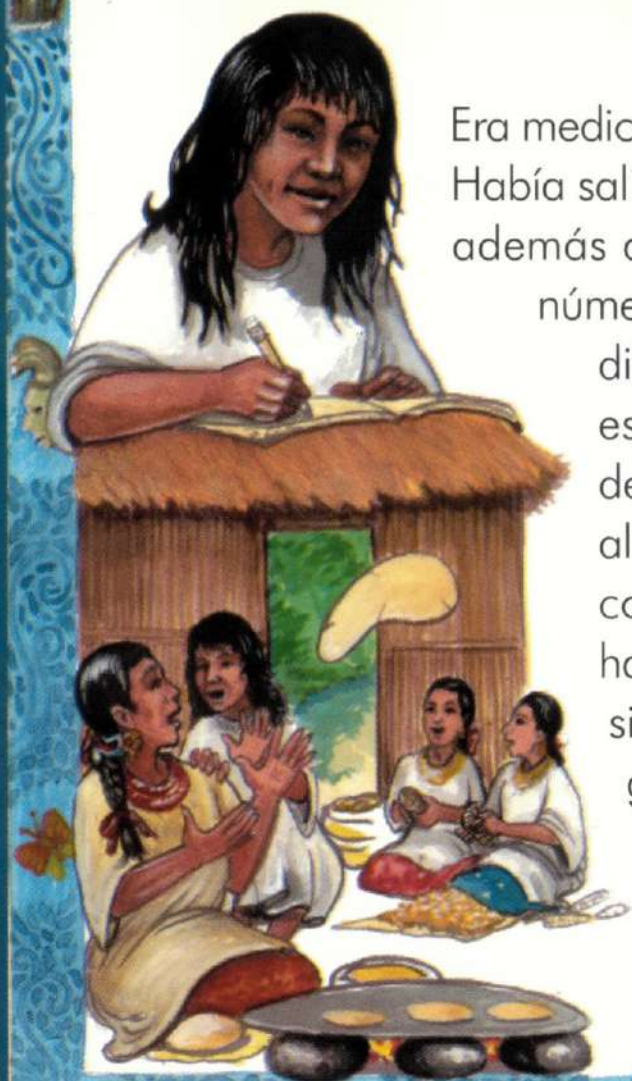
—Bueno, pues... ¡uso el tuyo toda la vida! —y cambiando a un tono suplicante, dijo—: Déjame faltar a la escuela. Al menos mañana, por favor.

—Sólo si encuentras otra vez cinco mojarritas —accedió el indio chontal, luego de morder la cola tostada y crujiente del pescado.

Algo había logrado Jesús, por lo que salió corriendo de alegría. Pero eso no distrajo para nada a «Shishes», que ya se dirigía al lugar donde quizá aterrizarían las espinas o la cabeza del pescado frito. La lengua rasposa recorrió sus labios blandos y negros y maulló alto y agudo, para ver si él también conseguía algún favor del papá de Jesús.

Chanbor, un niño lacandón

Era mediodía cuando Chanbor caminaba por la vereda. Había salido de la escuela donde estaba aprendiendo, además del idioma español, a sumar y a restar los números. Chanbor era listo y no le resultaban difíciles las lecciones, excepto las de español. Pensaba que el sonido de este idioma era muy diferente al suyo, el maya, y que tenía que concentrarse mucho al hablarlo. Por eso Chanbor siempre utilizaba su lengua nativa con sus amigos y familiares.



De hecho, esto lo pensó en palabras mayas, pues él, como todos los seres humanos, construía sus ideas en su propia lengua.

El sol caía a plomo sobre toda la selva de Chiapas, pero a Chanbor esto no le molestaba, pues los altísimos árboles lo protegían. Silbando, pasó junto a uno que tenía el tamaño de un edificio de ocho pisos, y vio que sus frutos cafés –mameyes– no tardarían en caer. Era el mes de abril. Ya estaba cerca del *caribal* –el grupo de casas lacandonas de sus familiares–; pronto comería algo, pues tenía mucho apetito, así que apresuró el paso.

Al entrar a su casa, sus dos hermanas desgranaban maíz hincándole las uñas a las duras mazorcas. Junto a ellas estaba su madre, Najk'in, palmeando una tortilla blanca que con cuidado empezaba a depositar en el comal. Chanbor se acercó silencioso para saludarla; al tocarla, ella gritó y la tortilla salió volando como si fuera un ovni.

«¡Me asustaste!», dijo su madre, pero tanto los ojos de Chanbor como los de sus hermanas siguieron la trayectoria de la tortilla, hasta que terminó su viaje en la pared de maderos. Pasaron tres segundos y todos rieron muy fuerte. Después el niño bebió un poco de *máas* caliente, una especie de atole de maíz que le gusta mucho porque le quita la sed y el hambre; luego se comió la tortilla voladora.

Al terminar sus alimentos se dirigió a ayudar a su padre. Lo encontró junto a la milpa, al lado del árbol delgadito de la papaya. Mientras su padre examinaba con detenimiento una de las enormes y gomosas hojas del tabaco, que sudaba su miel blanca, le pidió a Chanbor que fuera a extraer una jícama de la tierra, así que el niño cogió el machete y fue hacia la planta. Inspeccionó el grosor del tallo y calculó el tamaño de la jícama. Con la punta del machete trazó un círculo en la tierra, de acuerdo a su idea, y empezó a escarbar. Sus manos con el machete se movían con habilidad y precisión para no dañar al tubérculo. Cuando terminó, verificó que la jícama estuviera completa: era muy pesada y más grande que su propia cabeza. Le quitó la tierra que le quedaba y se la llevó para la casa.

En el camino oyó el fuerte aullido de un grupo de saraguatos, monos rojizos, pero para Chanbor, como para todos los lacandones, esos animales no aúllan. «Ya están cantando otra vez», pensó. Como quería darse prisa para ir a bañarse al fresco río Lacanjá, empezó a correr. Vestía una larga túnica de manta blanca, como la de su papá, que al correr se le pegaba al cuerpo. Él prefería esta vestidura, aunque ya a muchos indígenas lacandones la ropa moderna les atrae más.

El niño dejó la gran jícama en su casa y rápido se dirigió al río. Antes de llegar se topó con cuatro misteriosos soldados que buscaban algo entre la espesa selva. Llegó al río, que se mostraba verde como la piel de una iguana. Se desvistió y saltó al agua. Cuando salió, desde una rama alta, una pareja de tucanes, de grandes picos amarillos y naranjas, observaban curiosos el larguísimo cabello del niño Chanbor, que así, mojado como estaba, le llegaba hasta la mitad de la espalda. Mientras se secaba, en el cielo una nube tomó forma de ruina, de pirámide milenaria; el pequeño lo advirtió y entonces se acordó de Bonampak, la antigua y cercana ciudad de sus antepasados mayas, donde aún se dice que aguardan dioses de épocas lejanas. Se vistió y ya se regresaba a su comunidad india cuando se encontró otra vez con su madre y sus hermanas. Ellas venían de lavar ropa y también de bañarse, con sus trenzas recogidas entre listones de colores. Recordando con risas el susto que su mamá se había llevado frente al comal, regresaron juntos al pueblo que se llama Lacanjá-Chanzayab. Ahí, muy cerca de la frontera con Guatemala, siempre huele a tortilla de maíz recién hecha.

Sembrando ombligos al amanecer.....	7
Manuel, el chicle y su billete.....	11
«El niño viejito» y la montaña que creció.....	17
Dos hermanos huicholes.....	21
El brujo de la carrera más larga del mundo	25
La Isla del Tiburón.....	29
Rubén (el Búho), el Mosco y el Chícharo	33
El espíritu mixe del trompetista Bulmaro	37
El fuego y la nube	41
Un niño <u>kikapú</u>	47
En el país de las piedras	53
Cambio de nombres	59
Los muñecos de Rodriga	65
El niño de sal.....	69
Cuando Serafín visitó la gran ciudad	73
El niño que no quería ir a la escuela	77
Chanbor, un niño <u>lacandón</u>	83

Pequeños mundos indios
se terminó de imprimir en el mes de junio de 2007,
en los talleres gráficos de Impresora Posadas
[Joaquín Antonio Peñalosa Núm.109-E, Col. El Paseo]
Se tiraron 1000 ejemplares



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



SAN LUIS POTOSÍ
GOBIERNO DEL ESTADO

2003 / 2009

SECRETARÍA DE CULTURA